

JEAN ECHENOZ

Correr



Lectulandia

En los Juegos interaliados de Berlín, en 1946, al ver detrás del cartel de Checoslovaquia a un solo atleta desmañado, todo el mundo se ríe. Cuando ese atleta, que no se ha percatado de que lo convocan para participar en su prueba, atraviesa el estadio como un loco gritando y agitando los brazos, los periodistas sacan veloces sus libretas. Cuando cruza la meta en solitario, los ochenta mil espectadores estallan en un clamor. En pocos años y dos Olimpiadas, Emil Zátopek es invencible... hasta que estalla la Primavera de Praga, se alinea con Dubcek contra el estalinismo y cae en desgracia.

Lectulandia

Jean Echenoz

Correr

ePub r1.0

Sibelius 11.09.13

Título original: *Courir*

Jean Echenoz, 2008

Traducción: Javier Albiñana

Ilustración de portada: foto de Emil Zátopek durante un entrenamiento.

Editor digital: Sibelius

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

1

Los alemanes han entrado en Moravia. Han llegado a caballo, en moto, en coche, en camión, pero también en calesa, seguidos de unidades de infantería y de columnas de avituallamiento, más algunos vehículos semioruga, poca cosa más. Aún no ha llegado el momento de ver los enormes panzers Tiger y Panther conducidos por tanquistas con uniforme negro, que será un color sumamente práctico para disimular las manchas de aceite. Unos Messerschmitt monomotores tipo Taifun sobrevuelan la operación, con la única misión de vigilar desde lo alto que todo transcurra apaciblemente, ni siquiera van armados. No es más que una pequeña invasión relámpago como quien no quiere la cosa, todavía no estrictamente una guerra. Es tan sólo que los alemanes llegan y se instalan, nada más.

El alto mando de la operación se desplaza en automóviles Horch 901 o Mercedes 170 cuyos cristales traseros, cubiertos con cortinas grises delicadamente plisadas, no permiten ver a los generales. En las calesas, más expuestas, viajan oficiales de menor graduación, con capotes largos, gorras altas y una cruz de hierro apretada bajo la barbilla. Los caballos trasladan a otros oficiales o remolcan cocinas de campaña. Los camiones que transportan tropas pertenecen al modelo Opel Blitz y las motos, sidecares pesados Zündapp, las conducen policías con cascos y collares metálicos. Todos estos medios de transporte van adornados con oriflamas rojas con un círculo blanco y esa cruz negra un tanto especial que ya no hace falta presentar y que los oficiales ostentan también en sus brazales.

Cuando todo ese personal se presentó en los Sudetes, hace seis meses, fue bastante bien recibido por los habitantes alemanes de la zona. Pero ahora, ya cruzada la frontera de Bohemia-Moravia, la acogida ha sido claramente más fría bajo el cielo bajo y plomizo. En Praga, ese personal ha entrado en medio de un silencio sepulcral y en la provincia morava la gente ya no se ha agolpado al borde de las carreteras. Quienes se han aventurado a hacerlo examinan ese cortejo con más circunspección que curiosidad, por no decir franca antipatía, pero algo les dice que no hay que bromear, que no es el momento de hacerlo.

Emil no se ha sumado a esos espectadores, pues tiene muchas otras cosas que hacer. En primer lugar, tras abandonar la escuela que su familia no podía costearle, ocupa en una fábrica un puesto de aprendiz con el que tampoco hay que bromear. Después, al salir del taller, asiste a unas clases de química con idea de llegar a ser algún día otra cosa que un aprendiz. Por último, cuando dispone de tiempo para volver a su casa, echa una mano a su padre en el jardín que no es un jardín de recreo, es el lugar donde han de cultivar lo que comen, punto sobre el cual se bromea todavía menos. Emil, de diecisiete años, es un muchacho alto y rubio con la cara en forma de triángulo, bastante guapo, bastante tranquilo, sonrío continuamente, y entonces

asoman sus grandes dientes. Tiene los ojos claros y la voz aguda, su piel, muy blanca, es de las que temen el sol. Pero hoy el sol brilla por su ausencia.

2

Una vez en Moravia, los alemanes se aposentan allí y ocupan Ostrava, ciudad del carbón y del acero cerca de la que nació Emil y donde prosperan industrias las más importantes de las cuales, Tatra y Bata, ofrecen ambas un medio de avanzar: el coche o el calzado. Tatra crea preciosos y carísimos automóviles, Bata produce calzado no muy malo ni muy caro. Cuando se busca trabajo, resulta obligado entrar en una u otra empresa. Emil ha recalado en la fábrica Bata de Zlin, a cien kilómetros al sur de Ostrava.

Está interno en la escuela profesional y trabaja de aprendiz en el departamento de caucho, que todos tratan de evitar por el pestazo que desprende aquello. El taller adonde lo destinan al principio produce cada día dos mil doscientos pares de zapatillas de tenis con suelas de crepé, y el primer trabajo de Emil consiste en troquelar esas suelas con una rueda dentada. Pero las cadencias son tremendas, el aire irrespirable, el ritmo demasiado rápido, el menor error se penaliza con una sanción, el más mínimo retraso se le descuenta de su ya exigua paga, y llega un momento en que no puede más. De modo que lo cambian de cometido y lo destinan a la preparación de las hormas, tarea que, con ser igualmente ingrata, huele menos mal, y aguanta el tipo.

Todo eso dura lo suyo, hasta que se arregla un poco. Con tanto empeño estudia Emil que lo destinan al Instituto Químico, y allí ya es otra cosa. Aun cuando el trabajo consiste en preparar celulosa en una nave glacial atestada de bombonas de ácido, Emil se siente mucho más a gusto. Indudablemente preferiría trabajar en un laboratorio, participar en el perfeccionamiento de la viscosa o en el desarrollo de la seda artificial, pero entretanto asegura que le gusta. Tanto le gusta que el ingeniero jefe, satisfecho de él, le alienta a asistir a las clases nocturnas de la Escuela Superior. Poco a poco va perfilándose una placentera carrera de químico checo.

Un solo problema en la fábrica: ansiosa por incrementar la venta de esas zapatillas de deporte que exporta al mundo entero, lo cual resulta comprensible, y no contenta con haber llevado la racionalización del trabajo lo más lejos posible, la empresa Bata quiere asimismo dar a conocer su nombre por todos los medios y utiliza a tal efecto todos los recursos publicitarios imaginables. Entre otras iniciativas han creado un equipo de fútbol casero, cuya misión es pasear los colores de la marca por todos los estadios. Todo eso a Emil le trae bastante sin cuidado, pero por desgracia organizan también, cada año, una carrera pedestre denominada Circuito de Zlin en la que deben participar todos los estudiantes de la escuela profesional, ataviados con la camiseta que ostenta la sigla de la empresa. Y eso Emil lo odia.

Le horroriza el deporte, en cualquiera de sus formas. Al parecer trata casi con desprecio a sus hermanos y a sus amigos, que se pasan los momentos libres golpeando neciamente una pelota. Cuando alguna vez lo obligan a jugar, participa de

mala gana, no sabe manejarse, no tiene la menor noción de las reglas. Al tiempo que finge interesarse en el juego, mira hacia otro lado procurando discretamente evitar la pelota, cuya trayectoria no alcanza a entender. Y si por desgracia le llega a las piernas, Emil le propina una fuerte patada para eludirla, en cualquier dirección, demasiadas veces la de la portería de su propio equipo.

Así pues, el Circuito de Zlin no atrae a Emil en lo más mínimo. Participa en ella sólo porque lo obligan, intenta escaquearse con todas sus fuerzas de tamaño engorro, pero en vano. Ya puede fingir que cojea una hora antes del comienzo, alegando una terrible lesión en el tobillo o en la rodilla para que le dispensen de participar, ya puede hacer muecas de dolor o lanzar enormes gemidos, los médicos nunca se llaman a engaño. No le gusta el deporte, máxime porque su padre le transmitió su propia antipatía por el ejercicio físico, el cual no es a sus ojos sino una pura pérdida de tiempo y sobre todo de dinero. La carrera pedestre, por ejemplo, es ya el *súmmum*: no sólo no sirve absolutamente para nada, observa el padre de Emil, sino que encima acarrea la colocación de medias suelas extras que no hacen sino gravar el presupuesto familiar.

Ese presupuesto —padre obrero en el ramo de la carpintería, madre ama de casa, sin un céntimo— Emil lo conoce perfectamente. En lo tocante al deporte está de acuerdo con su padre, quien, por otra parte, más que verlo entrar en la fábrica, hubiera preferido que fuese maestro. A Emil no le hubiera importado presentarse al examen, pero en Checoslovaquia tradicionalmente, desde el siglo XVIII, la misión del maestro es sobre todo enseñar a cantar a los niños y hacerlos escuchar y conocer la música. Pero, claro, Emil, por desgracia, desafina a conciencia: cate obligado. Por lo tanto, Bata.

Bata, donde, salvando el desagradable asunto del Circuito de Zlin, el futuro de Emil comenzaría pues a cobrar un perfil bastante halagüeño pero de pronto aparecen los alemanes. Las banderas nazis invaden la ciudad, sus portadores desfilan por sus plazas, por sus calles, hasta por las oficinas de la fábrica de zapatillas deportivas, donde toman el poder como en todas partes. Se cortan los créditos de investigación en los laboratorios, se suspenden los ensayos, se prohíben los experimentos. Sólo queda proseguir con los estudios, aprobar los exámenes y, por el momento, regresar al taller.

3

La propaganda nacionalsocialista se ha instalado en sus diversas modalidades. Censura de prensa, cine, libros y canciones. Prohibición de escuchar radios extranjeras. Mítines y conferencias bastante obligatorios, reparto de folletos, colocación de carteles a gran escala. Las calles están plagadas de periódicos murales, de fotorreportajes donde se demuestra que el ejército de ocupación es de lo más correcto. Y, además, no hay ocupación. El ejército alemán respeta a personas y bienes. El soldado alemán es el amigo de los niños.

En el cine, cuando Emil dispone de tiempo y de dinero para ir, puede ver los nuevos noticiarios, proyectados antes de la película como los documentales clásicos y presentados como tales, en forma de testimonios serios basados en informaciones serias. Consisten en imágenes armoniosas, seductoras, en las que una efusiva voz en off se dirige afectuosamente a él proclamando el retorno a la normalidad, a la paz, la cohesión y la fraternidad.

Dirigida por organizaciones juveniles creadas en un santiamén, la propaganda se ejerce con la misma intensidad en las escuelas y en las universidades. Una de las primeras iniciativas del ocupante es organizar para los jóvenes exhibiciones deportivas, atletismo y deportes de equipo, y también eso es bastante obligatorio.

La primera carrera en la que participa Emil es un cross-country de nueve kilómetros montado por la Wehrmacht Brno y que enfrentará a una selección alemana atlética, espigada, arrogante, impecablemente equipada, todos igualitos a lo *übermensch*, con una cuadrilla de famélicos y astrosos checos, jóvenes campesinos montaraces con calzón largo o dudosos futbolistas amateurs mal afeitados. Emil no participa de buen grado en esa prueba pero es un muchacho concienzudo, se entrega y da de sí todo lo que puede. Comoquiera que acaba segundo, sin darse cuenta y no sin vivo despecho por parte de los arios, un entrenador del club local se interesa por él. Corres raro pero no corres nada mal, le dice. Lo cierto es que corres muy raro, insiste el entrenador con cara de incredulidad, pero, bueno, no corres mal. De ambas aserciones, Emil sólo escucha y oye distraídamente la segunda.

Como los amigos han comprobado que, aunque raro, no es malo, le ofrecen volver a correr con ellos, pero no acepta. Como a todos nosotros, le gusta correr de vez en cuando, pero de ahí no pasa. Pese al buen resultado casual de Brno, no cree especialmente en sus aptitudes, ni tampoco se le ocurre darle más vueltas al asunto, no es su terreno y además es consciente de que casi todos los demás corren más que él. Por las mañanas, cuando vuelven de hacer los ejercicios de gimnasia, consiente en echar alguna carrera con ellos, pero únicamente lo hace por complacerlos y siempre queda de los últimos. De modo que contesta que no, que preferiría no hacerlo, que no le interesa y que por nada del mundo, eso desde luego, por nada del mundo, quiere oír

hablar de competición.

Lo que sucede es que los demás conocen a Emil y saben que cuando dice que no, lo dice sonriendo. De todas formas siempre sonrío, por eso le quieren, y por eso insisten. Se hace de rogar pero no resulta difícil convencerlo, y él se reprocha un poco a sí mismo esa debilidad. Por más que insiste en que no le apetece mucho ir, nunca sabe mantenerse en sus trece. Bueno, está bien, acaba cediendo. Y al final va.

Lo inesperado es que muy pronto empieza a gustarle. No dice nada pero parece tomarle gusto. Mira por dónde, al cabo de unas semanas se pone a correr solo, por propio placer, lo que lo sorprende a él mismo y prefiere no comentárselo a nadie. Al caer la noche, cuando nadie lo ve, recorre a la máxima velocidad de que es capaz el trayecto de ida y vuelta entre la fábrica y el bosque. Aunque no dice una palabra, los demás acaban dándose cuenta, insisten de nuevo y él, siempre demasiado amable para resistirse mucho, acepta ya que ellos se empeñan.

Pero, aun siendo tan amable, se da cuenta también de que le gusta competir: las primeras veces que lo sacan a una pista, se emplea con todas sus fuerzas y gana fácilmente dos pruebas de mil quinientos y tres mil metros. Lo felicitan, lo animan, lo recompensan con una rebanada de pan y una manzana, le dicen que vuelva y vuelve y empieza a entrenarse en el estadio, al principio en plan de diversión, después cada vez menos. El estadio de Zlin, situado en la zona industrial y feísimo, se halla enfrente de la central eléctrica: el viento barre el humo de las chimeneas, el hollín y el polvo, que caen en los ojos de los deportistas. Pese a tales inconvenientes, a Emil comienza a gustarle también ese estadio, el aire pesado que se respira en él es bastante más puro que el del taller.

En el taller, por cierto, las cosas van de mal en peor. Después de un lío, y como sanción profesional, a Emil lo cambian de puesto de trabajo y lo envían a pulverizar silicatos. Es un cometido más ingrato si cabe que los otros, con ese polvo blanco que se le adhiere y que traga semeja un espectro con disnea permanente. Cuando se queja y solicita un traslado, el jefe de personal le ofrece amablemente enviarlo, si no está contento, al campo de trabajo. Emil no insiste.

Habida cuenta de que los alemanes han comenzado a sembrar el terror en el protectorado, de que deportan y exterminan, de que queman y arrasan a más y mejor, seguir corriendo permite quizá pensar en otra cosa. Comoquiera que Emil acaba de ser honrosamente derrotado en tres mil metros, pues ha quedado segundo a dos segundos del vencedor, un redactor publica su nombre por primera vez en un periódico local al que, de todas formas, tampoco se le permite publicar gran cosa más. Emil relee diez veces el artículo como se hace en tales casos, pero lo que mira principalmente es ese apellido, ese extraño apellido que no conocía de forma impresa, que no había visto nunca así, extraño efecto encontrarse con esa extraña identidad pública. Claro que lo de identidad pública, en Zlin y a los veinte años, no acaba de entender qué quiere decir.

Lo que tampoco comprende es que los demás, en el estadio, hablan cada vez con tono muy grave de su carrera, con tanta seriedad como si eso fuera serio. Porque, para Emil, se ha convertido más bien en un placer, sin que ello impida que comprenda que dicho placer debe aprenderse. Y así, ahora comienza él a pasarse de la raya. En invierno, entre temporada y temporada, se entrena desafortunadamente mientras los demás descansan en su casa. Día tras día arranca a correr por la carretera hasta el pueblo vecino, ocho kilómetros ida y vuelta sin parar, y vuelve sin cesar al estadio, por más que eso canse y no sea bueno. Tanto porfía que los demás empiezan a preocuparse por él. Estás chalado, Emil, se alarman, acabarás agotándote. Es mejor que trabajes el estilo. Que no, dice Emil, lo del estilo es una gilipollez. Y además no es lo mío, soy demasiado lento. Puestos a correr, mejor correr rápido, ¿no?

De modo que se obstina en no trabajar más que la resistencia, como quienes preparan sólo los trayectos largos de fondo o de semifondo. Él, invirtiendo el sistema, se entrena cada vez más en la velocidad, en pequeñas distancias indefinidamente repetidas, gracias a lo cual comienza a experimentar claros progresos.

Tan claros que se ve capaz de competir ya no sólo con los viejos compañeros de Zlin sino con otros especialistas. En el campeonato en el que se enfrentan, en Praga, Bohemia y Moravia, Emil se inscribe por primera vez en la prueba de los mil quinientos metros, rivalizando con los tres mejores corredores checos de medio fondo. Estos, tras concertar cuidadosamente un acuerdo previo, han preparado un plan de ataque contra el que ostenta el récord, un tal Salé. El plan es sencillo. Correrán desde la salida con la mayor rapidez posible con vistas a que el tal Salé, conocido como esprinter, acabe aflojando al final y deje de luchar al verse demasiado lejos de ese pelotón de cabeza. Con ser simple, la maniobra de los tres checos está a punto de funcionar, Salé se desanima y los tres checos están encantados. Pero han olvidado a Emil, que posee su punto de vista respecto al camino a seguir. Por el

momento se ha limitado a seguir respetuosamente a Salé, hasta que, viendo que va a ceder, se permite rebasarlo para pegarse a los tres primeros, a quienes va adelantando uno tras otro. Doscientos metros antes de la llegada, intensifica la velocidad, sabedor de que puede hacerlo pues se ha preparado para ello: gana.

Por aquella época no se conoce el sprint final, los corredores procuran espaciar el esfuerzo, repartirlo a lo largo de una prueba. En su afán de escatimar fuerzas hasta el final, no se creen capaces y sobre todo no se atreven a reservar la velocidad para desplegarla en la última recta, para dar lo máximo de sí mismos al final de la carrera. De ahí la inmensa utilidad de entrenar también con pequeñas distancias: el sprint final, que acaba de inventar Emil.

Muy atento ya a los latidos de su corazón y a su grado de cansancio, Emil desea sopesar hasta dónde alcanza su grado de fatiga. Sigue entrenando todo el otoño, todo el invierno, y no sólo en el estadio. En la calle, en las carreteras, en el bosque, en el campo, por todas partes hasta el punto de causarse lesiones y haga el tiempo que haga, corre no tanto como un hombre cuanto como uno de esos animales más dotados que nosotros para tal menester. Como para ir de su casa a la fábrica tiene que tomar un camino flanqueado de chopos, se le ocurre una cosa y la prueba. El primer día, camina hasta el cuarto chopo aguantando la respiración, los dos días siguientes hasta el quinto, luego hasta el sexto, y así todos los días hasta que logra llegar al final del camino sin respirar. Pero al llegar sufre un desvanecimiento. Se desvanece en otra ocasión al tomar una ducha fría tras doce rectas ejecutadas a toda velocidad. No volverá a cometer tales excentricidades, pero todo eso le interesa. Siempre quiere saber hasta dónde puede llegar.

Y así, acaba batiendo un récord en Zlin, donde es el primero de su país en recorrer los cinco mil metros en un cuarto de hora. Los jefes se hacen cruces, se extasían, convocan a la prensa, pero los tipos de Praga no se lo creen. Primero dicen que es un error del teleimpresor, luego que los cronómetros de Zlin están trucados. Y además Zlin, ¿qué poblacho es éste? ¿Quién es ese desgraciado, ese embaucador? El caso es que, tras batir su cuarto de hora en su propio poblacho, Emil corre al poco tiempo los dos mil metros en Praga, y para más inri bate allí un nuevo récord, el tercero del año. A los tipos de Praga no les queda sino inclinarse y reconocer que se han equivocado.

Corren malos tiempos en Zlin, el invierno ha sido duro. Los bombardeos de noviembre sobre la ciudad han causado grandes daños. No hay calefacción y la gente se hiela esperando el desenlace de la guerra, que, según dicen, quizá no tarde mucho. Y, en efecto, desde el inicio de la primavera las chimeneas del ayuntamiento ocupado escupen un humo oscuro y pringoso que corrompe toda la población y no contribuye precisamente a mejorar la calidad del aire en el estadio: al parecer los alemanes han empezado a quemar sus archivos. El que se deshagan de sus documentos secretos evidencia su inquietud y no es mala señal, la gente abriga una vaga esperanza. Ningún otro fuego, ninguna otra fuente de calor en Zlin, vestido de ceniza y de gélido blanco, pero Emil y sus compañeros han remozado una vieja estufa rescatada en los escombros y la han instalado en su habitación de la escuela profesional. Pese a la pena de muerte en la horca con que se castigan semejantes actos, han recogido madera de entre las ruinas y de ese modo han sobrevivido al invierno.

En primavera, dado que el frente sigue acercándose, las autoridades han prohibido entrenar, como por lo demás han prohibido hacer cualquier otra cosa. Pero con ese sol que vuelve a brillar y que da unas ganas tremendas de tomar el aire, Emil no resiste la tentación de ir a dar unas vueltas en la pista. Al encontrarse el estadio cerrado a cal y canto, opta por escalar la valla y, por una ventana mal cerrada, se cuelga en los vestuarios, desde donde accede a la pista de ceniza. Está en pésimo estado, el cagafierro plagado de hierbas se disgrega, pero está ahí.

Emil comienza a recorrerla controlando la respiración, cuando suenan las sirenas. Desde el inicio de los años de guerra, ha aprendido a conocer su código con precisión, sabe que las notas prolongadas, en esta ocasión, señalan una alerta y que hay blindados a la vista. Tal vez ello anuncie la tan esperada llegada de las fuerzas de liberación. En efecto, una serie de detonaciones comienza a hacer vibrar el aire sincopadamente: la batería de DCA alemana, situada en la pendiente que se alza por encima del estadio, acaba de abrir fuego. Emil abandona prudentemente la pista pero, antes de regresar, aprovecha que está allí para pasar de nuevo por los vestuarios y recoger la ropa de entrenamiento de sus compañeros, que se mete bajo el brazo para llevarla a la ciudad. Pegado a las paredes de las calles desiertas por la alarma, se ve obligado a detenerse, acurrucándose en un portal de la plaza de la Iglesia, pues en ese momento una columna de vehículos la atraviesa a toda velocidad con rumbo al oeste. Sus ocupantes se han apresurado a escapar, no han perdido del todo la esperanza de ponerse a salvo pero se advierte en sus caras que tienen miedo. En algún lugar entre la ciudad y la selva, comienza a oírse un tableteo de ametralladoras, indicio de refriegas serias y de que el ejército soviético puede efectivamente no hallarse lejos.

En su afán, a pesar de lo que está sucediendo, de devolver el equipo a sus

propietarios, Emil corre hacia la escuela profesional en cuanto ve despejado el campo. Pero encuentra las puertas cerradas, pues todo el mundo ha buscado cobijo en los sótanos tan pronto se ha iniciado la alerta. Al otro lado de una calle que se disponía a cruzar, acaban de desmoronarse dos casas bajo el impacto de una bomba. Emil retrocede precipitadamente y, tras encontrar un atajo para llegar a la escuela, oye a alguien gritar en algún lugar que sí, que han llegado los rusos, que han comenzado a disparar desde el bosque.

Y ahí están, en efecto, en medio del jardín del internado: unos soldados que visten un uniforme desconocido avanzan escrutando nerviosos a su alrededor. Emil comienza a gritar a su vez y corre a su encuentro, es el primero en hablar con ellos, en decirles que los esperaban, que se alegra de verlos, que son bienvenidos, dice lo primero que se le ocurre. Los soldados contestan sucintamente mirando hacia otro lado, pero contestan. No disponen de muchas palabras para hacerse entender pero se estrechan enseguida la mano, se palmean el hombro, intercambian mímica y gestos, se entienden más o menos así.

Muy pronto, los habitantes de Zlin se acercan, saliendo unos tras otros de su agujero. Los soldados soviéticos esgrimen amables y fatigadas sonrisas y les preocupa saber el paradero de los soldados alemanes. La mayoría se ha largado, les dicen, mostrándoles por dónde han huido los últimos vehículos. Pero no ha acabado todo, una parte de ellos estará escondida por la zona. Habrá que desalojarlos: unas cuantas unidades se han detenido en Zlin. Rápidamente se fijan puestos de mando y baterías para iniciar la limpieza y, a los pocos minutos, empiezan a hablar los obuses.

Al anochecer llega la calma, Emil, que se ha acostado, no acierta a conciliar el sueño. Acaba de adormecerse cuando lo sobresalta un primer disparo y a continuación entra en acción un coro de ametralladoras. Soli, tutti, contrapuntos, se entabla un duro combate de artillería contra el enemigo, que intenta encarnizadamente liberar sus últimas unidades rodeadas.

Por el momento no puede hablarse de victoria y la población sigue aterrorizada, alarmada por su suerte si triunfa la tentativa alemana, pues todos conocen las consecuencias, rehenes, represalias, etcétera. La gente se precipita de nuevo en los sótanos y en los refugios mientras los defensores aguantan firme, replican, retoman las riendas y, al cabo de un rato, las fuerzas de ocupación parecen haber sido rechazadas. Emil, que observa el curso de los acontecimientos y no se ha refugiado como los demás, se ha armado con una pala de campaña para echar mal que bien una mano a los soldados, los ayuda a cavar trincheras, no es que sea una gran ayuda pero siempre es algo. Sin embargo, cuando parecía que las cosas iban bien, los alemanes reanudan furiosamente el fuego, buscando a sus víctimas en las grandes zonas expuestas detrás de la ciudad, y vuelta a empezar.

El combate se prolonga a lo largo de toda la noche. Parapetada en el bosque, lo

que queda de la infantería alemana se afana en aguantar y aniquilar a un máximo de gente hasta poder plantearse el repliegue. Pero al tiempo que se los aísla, se los controla y se los rodea, se ha llamado a unidades de refuerzo, que no tardan en presentarse. Bastan unas horas para que las últimas bolsas de resistencia, al salir el sol, hayan sido totalmente exterminadas por los disparos de los morteros soviéticos. De nuevo cae el silencio sobre Zlin. La guerra ha terminado.

6

Como la guerra ha terminado, hay que volver a armarse. Checoslovaquia, que ha recobrado sus fronteras, reorganiza sus tropas y Emil, llamado a hacer el servicio, abandona sin pesar alguno la empresa Bata. La vida de guarnición enseguida le gusta más que la fábrica. Entrenado como está, el ejercicio diario no supone nada para él, le encantan las maniobras por la campiña morava, subir colinas con su regimiento, disfrutar del ritmo de la naturaleza y respirar el aire puro lejos de los polvos de silicato.

Y además puede seguir corriendo: como se han organizado campeonatos militares en la República liberada, los oficiales de estado mayor, que tienen puesto el ojo en el deporte, autorizan a Emil a presentarse. Este establece tranquilamente dos nuevos récords y, a su regreso, es citado en el orden del día por haber representado con honor a su unidad. Lo cierto es que con el uniforme no todo va tan mal, así que Emil se plantea matricularse en la Academia donde se forma a los oficiales de carrera. Oficial, tampoco está tan mal, por qué no. Además, cualquier cosa antes que volver a trabajar en la empresa Bata. Finge pensárselo cinco minutos pero, como le alientan a ello, hace la solicitud y le admiten de inmediato. De todas formas, el ejército, al que fascinan los atletas, le tenía echado el ojo hacía tiempo y le abre los brazos.

El día de su llegada al cuartel, echando una ojeada por una ventana, divisa una pista de carreras que rodea un patio y parece también sonreírle. La cosa empieza bastante bien aunque la vida en la Academia tampoco sea de color de rosa, pero, bueno, Emil hace lo que le dicen que haga, estudia lo que le dicen que estudie y no falta ni un día a los ejercicios. Sólo que él, mientras los demás aspirantes descansan, se pone la ropa de deporte y sale a entrenar, lo cual reporta de nuevo sus frutos: unas semanas después, en Praga, mejora de nuevo sus récords en tres mil y cinco mil metros, superando con mucho a todos sus competidores.

En ese momento de su vida, Emil no tiene por supuesto la menor experiencia en competiciones internacionales. Y se presenta la ocasión de competir en dos mil metros con la élite mundial de corredores y en especial con el sueco Sundin, de ligero y elegante paso, quien parece avanzar sin esfuerzo ni fatiga, acelera y reduce la velocidad a su antojo. Bien es cierto que el estilo de Emil no tiene nada que ver con eso. Durante la mitad del recorrido, Emil se mantiene a la altura de Sundin, lo vigila de cerca para no dejarse rebasar, pero cuando el sueco se lanza hacia delante, por más que Emil trata de pegarse a él, no logra alcanzarlo y traspasa la cinta de llegada justo detrás de él. Así pues, no ha ganado, aunque, eso sí, bate el récord de Checoslovaquia.

Al poco de eso, se enfrenta en los tres mil metros con el holandés Slijkhuis, el corredor más rápido y elegante de Europa, cuya suave zancada tiene fascinado al

público. Nada que ver tampoco con el estilo de Emil, quien lucha por cada centímetro hasta la llegada, pero en vano. Largos aplausos en las tribunas, Emil tampoco ha ganado pero ha mejorado el récord checoslovaco.

No está muy satisfecho, piensa que le queda mucho por aprender. Cuando piden su presencia en Oslo, para competir en los primeros campeonatos de Europa de posguerra, no se considera a la altura y preferiría no participar. Pero como Checoslovaquia quiere estar representada, Emil toma a su pesar el avión junto con cuatro compañeros. Es la primera vez que sale de su país.

Emil, no hemos insistido lo suficiente, es un muchacho con una gran curiosidad de espíritu que aspira a ver cosas nuevas en el extranjero. Pero en Oslo, recluido en la barriada donde alojan a los atletas, no tiene tiempo de ver gran cosa de la ciudad. En ese vivaque de campeones, conviviendo con rivales que no eran para él sino nombres rutilantes de gloria, se topa con tipos normales: Wooderson parece un pasante de notario, Slijkhuis es de lo más ingenuo, Nyberg bastante divertido, Reiff demasiado reservado, Pujazon demasiado creído. Pero sobre todo está allí Heino, el inmenso Viljo Heino, a quien llaman el prestigioso corredor de los bosques profundos, campeón de Finlandia y plusmarquista mundial, el hombre silencioso y relajado que revolucionó el arte de la carrera rechazando las florituras de estilo para buscar sistemáticamente el menor esfuerzo. Emil se le acerca como si fuera un dios, toca tímidamente sus piernas como si fueran reliquias, el otro se calla según su costumbre sin concederle una mirada.

Todos esos tipos normales, originarios de la Europa del Oeste, van en cualquier caso muy bien vestidos, sus chándales son impresionantes y los cinco checos no se sienten muy a sus anchas ante ellos. Ha pasado muy poco tiempo desde la guerra, las privaciones continúan, faltan medios y su país no puede o no quiere equiparlos decentemente. Privados de las prendas de entrenamiento que son de rigor en el desfile de los campeonatos internacionales, se ven obligados a presentarse en calzón corto, se sienten casi como si estuvieran desnudos, resulta bastante humillante.

Y así, por primera vez en su vida, Emil se encuentra en la línea de salida de Oslo con los mejores atletas del mundo, ante un público tenso, llegado de todas partes, sediento de nuevos récords. Los grandes campeones, todos ellos archiconocidos, son aclamados al salir a la pista, Wooderson por unos, Heino por otros, Emil, a quien le tiemblan las rodillas, por nadie.

Reina el silencio en las tribunas, el pistoletazo de salida rompe esa calma y comienza la lucha por los cinco mil metros. Algunos participantes adoptan desde el principio un ritmo inaudito, velocidad que a Emil se le antoja infernal al tiempo que busca con la mirada a Wooderson, gran favorito de la cosa. Pero el inglés permanece rezagado, a bastante distancia de los demás, a saber por qué. Emil, no muy seguro ni de sí mismo ni de nada, se pregunta qué táctica debe adoptar. Si se mantiene cerca de

Wooderson adoptando su ritmo, el menor desfallecimiento de éste puede acarrear el suyo. Sin pensárselo mucho, se une pues al pelotón, que marcha en cabeza.

Los corredores cambian sin cesar de posición, tan pronto adelantándose como rezagándose, imposibilitando cualquier pronóstico de victoria. Unas veces Emil se halla en sexta posición, otras en cuarta, según, a decir verdad no acaba de controlar la carrera. En el kilómetro tercero, Slijkhuis va delante de todos, seguido de Wooderson, que gana terreno a cada zancada. En la penúltima vuelta, Slijkhuis intenta marcar las diferencias improvisando un sprint y se distancia considerablemente de sus adversarios. Pero Wooderson, sin bajar la guardia, no le deja ganar demasiado terreno. Fiándose de su arrancada final, el británico cambia de velocidad doscientos metros antes de la meta. Su cálculo era atinado: rebasa a Slijkhuis y le saca cinco segundos al atravesar la cinta.

Durante su primera gran carrera, Emil se ha mantenido sin cesar en el grupo de cabeza, ha defendido una posición honrosa. Si bien no se ha hecho ilusiones sobre la victoria, le hubiera gustado llegar tercero. Pero Nyberg y Heino, nórdicos más aguerridos y más expertos en economizar fuerzas, han acelerado para sacarle unas décimas en el tramo final. Emil llega quinto, una vez más no ha ganado, pero sigue mejorando el récord checoslovaco.

Ese quinto puesto es aun así un éxito. Emil podría estar satisfecho de sí mismo pero, como siempre, no lo está. Todo eso le ha recordado que debe correr más rápido, organizar mejor sus fuerzas, reservar la energía para el final y, sobre todo, estudiar con atención la táctica de sus adversarios para mejorar la suya. Y luego está lo de su estilo, que no cesan de reprocharle, tal vez sea su modo de correr lo que le hace perder, todo eso hay que meditarlo bien. Ya veremos.

Regresa a la Academia Militar a las doce del día siguiente. Una hora después los aspirantes deben participar en un acto cuyo programa incluye figuras gimnásticas. Emil necesitaría descansar pero ni se le pasa por la cabeza, se cambia precipitadamente de ropa y corre a la formación para participar en los ejercicios.

Aunque no gane todas las carreras, Emil, a fuerza de acumular esos récords, se ha convertido, como quien no quiere la cosa, en el ídolo de su país. Lo que representa ahora para el público checo es sencillo: basta que aparezca una mañana una nota en los periódicos anunciando que saldrá a la pista a las seis para que veinte mil personas se peleen esa misma tarde a la entrada del estadio Masaryk.

Un día le proponen representar al ejército checoslovaco en los campeonatos de las fuerzas aliadas que se celebrarán en Berlín. Cuenta con el firme apoyo de sus superiores, y su petición de participar es aceptada incondicionalmente. Bueno, muy bien, pues voy, dice Emil, y parte solo un viernes, de uniforme y en tren, dirección Berlín con cambio de tren en Dresde. Los campeonatos comienzan el sábado y no llega a Dresde hasta eso de medianoche. La ciudad ha quedado totalmente destruida por los bombardeos, sólo se ven edificios derruidos, calzadas despanzurradas, ruinas colgando, ya no queda gran cosa de Dresde aparte de la estación. Al salir de ésta, Emil intenta encontrar el camino entre los escombros. Ni una luz en las calles arrasadas, nadie que le indique el camino, Emil está hambriento, cansado, tiene sueño y por si fuera poco llueve a cántaros.

Acaba topándose con un teniente americano que tarda al principio una barbaridad en entenderle y en identificar su uniforme, hasta que por fin consiente en guiarlo. Emil lo sigue hasta una especie de sala de espera, un antiguo refugio antiaéreo donde vegetan unos centinelas. Los soldados ociosos se alegran de ver aparecer a alguien que colme su aburrimiento, sobre todo vestido con ese extraño uniforme que no habían visto nunca. Les sorprende, pero en el estado en que se encuentra, Emil no está para muchas charlas. Tiene que correr al día siguiente, le han dicho, el tren de Berlín sale a las cinco de la mañana, le convendría descansar un rato si no quiere llegar agotado al estadio. A los centinelas eso les importa un pimiento, no cesan de hacerle preguntas que Emil no entiende, trata de contestarles con gestos cada vez más evasivos y dilatorios. Los soldados se desaniman, lo dejan tranquilo por fin, le señalan un banco. Emil se tumba y duerme una o dos horas.

No llega a Berlín hasta la tarde del día siguiente, más cansado que nunca, todavía solo y muerto de hambre. Se las ingenia para averiguar dónde está el estadio, se precipita allí para no llegar tarde a la prueba, no puede con su alma. Una vez logra entrar, después de que le monten un lío tremendo en el control, perdiéndose sin cesar en el enorme edificio, formulando a su vez preguntas que nadie comprende, consigue dar por fin con uno de los organizadores. Le alivia saber que su carrera no tendrá lugar hasta el día siguiente.

Pero no acaba ahí la cosa, antes hay que inscribirse, y para ello encontrar al organizador encargado de las inscripciones. Al final se lo indican, y en ese caso es un

capitán inglés quien se encarga de la lista. ¿Qué país?, pregunta el capitán. Checoslovaquia, contesta Emil. Bien, dice el capitán, ¿cuántos participantes? Pues yo, dice Emil. Ya, dice el capitán, conforme, pero ¿aparte de usted? Pues yo, repite Emil, sólo yo. Ah, vaya, se extraña el capitán, meneando la cabeza, sólo uno. Sí, confirma Emil, sólo uno. Yo. Bueno, dice el capitán, armándose de paciencia, ¿y de qué prueba se trata? De la de cinco mil metros, dice Emil. Bien, cinco mil metros, dice el capitán, disponiéndose a anotar su nombre en la lista apropiada. De pronto se retracta, deja el lápiz en suspenso y examina largo y tendido a Emil, sin duda lo ve un poco desaliñado, el uniforme arrugado, sin afeitado, despeinado, con un aspecto no muy serio en resumidas cuentas. ¿Y ya ha corrido usted los cinco mil metros?, inquiera con suavidad. Sí, sí, dice Emil, varias veces. Muy bien, dice el capitán cada vez más untuoso, ¿y qué tiempo ha hecho en esa distancia? Hombre, contesta sencillamente Emil, he hecho 14'25"8. ¿Perdón?, se sobresalta el capitán. 14'25"8, repite Emil. Un momento, dice el capitán, ¿es posible eso? Puede comprobarlo, dice Emil, es fácil, Oslo, campeonatos de Europa. Claro, claro, dice el capitán, anotando precipitadamente el apellido de Emil.

Como no encuentra coche al salir, Emil realiza el trayecto en la caja de un camión que lo lleva hasta los barracones asignados a los participantes. Es un campamento birrioso y enlodado donde, al principio, Emil se pierde de nuevo hasta que al final le adjudican un cuchitril donde, a continuación, un soldado borracho y con el uniforme desabrochado le trae un culo de taza de té tibio. Se toma el té, duerme como un tronco y al día siguiente regresa al estadio.

Es el que se construyó antes de la guerra para los Juegos Olímpicos, la vez que el Führer se negó a estrechar la mano a Jesse Owens por ser negro. Jesse Owens se ha retirado ya de la competición pero Larry Snider, su entrenador de entonces, se cuenta hoy entre los invitados de honor. Los norteamericanos han decorado el estadio tal como estaba en aquella época, no queda un asiento libre en las tribunas y el público lo componen en su mayoría soldados. Comienzan los actos. Se abrirá la competición con un desfile de atletas de todas las naciones que participan en los campeonatos. El nombre de cada país aparece escrito en un cartel portado por un soldado ante los ciudadanos de los respectivos Estados. Allá van.

Emil busca por todas partes al portador del cartel donde debe aparecer el nombre de su país, *Czechoslovakia* y, no bien lo encuentra, se presenta tendiéndole la mano y sonriendo como siempre. De nuevo es un soldado americano, quien examina a Emil como lo hiciera la víspera el capitán, busca con la mirada a alguien detrás de él, no ve a nadie e inquiera volviéndose hacia Emil: ¿Cómo, sólo uno? Emil podría empezar a acostumbrarse pero no, está azorado y asiente con un gesto. Sí, acaba contestando, sólo uno. El soldado no puede ocultar el desprecio que le inspira ese pringado. Al principio no le parecía tan mal desfilar ante un grupo de atletas, ahora se siente

ridículo teniendo que andar ante un solo hombre. Su nombre es Joe y, de repente, a Joe se le quitan las ganas de todo. Está casi humillado. Lo mandaría todo a paseo, pero ya es un poco tarde.

Demasiado tarde: la banda militar ataca las primeras notas de una marcha de apertura. Joe esgrime tristemente una torva sonrisa. Anda, ven, dice con amargura, como ultrajado en su honor. Venga, vamos. Los atletas entran en el estadio por la puerta grande, comienzan a desfilar ante las tribunas en medio de los clamores, todos ellos entusiastamente ovacionados con su elegante ropa deportiva. Pero cuando aparece un solo individuo detrás del cartel de *Czechoslovakia*, solo y vestido con un escueto pantalón corto y la parte superior de un descolorido chándal, el estadio entero se despepita de risa. Todo el público se levanta para verlo mejor. Los enviados especiales se sacan las libretas del bolsillo y se relamen salpimentando los adjetivos de que echan mano para reflejar adecuadamente la escena, los reporteros de noticiarios la filman y la fotografían encantados mientras se afilan las uñas.

Con ser Emil de natural alegre, le ofende bastante la enorme hilaridad que por sí solo acaba de suscitar. Está solo, se siente muy solo y más bien desdichado, pues a Joe le ha faltado tiempo para escabullirse, apenas terminado el desfile, blasfemando y arrojando el cartel por encima del hombro. Escucha los discursos de apertura sin enterarse de nada, mientras contempla distraídamente las banderas nacionales que ondean o que cuelgan —ignoro si sopla viento ese día—. Emil se ha sentado a la sombra, está un poco encogido, examina alternativamente sus pies y el movimiento en la pista, a la espera de que suceda algo.

Pero un checo emigrado, alistado en el ejército americano, le ha echado el ojo con vistas a practicar un poco la lengua. Se sienta junto a Emil y conversa un rato con él. Entonces, tú, acaba diciéndole, ¿qué prueba corres? Los cinco kilómetros, contesta Emil con voz hastiada. Cómo, exclama el otro, horrorizado, ¿no sabes que hace ya un rato que han convocado a los de cinco mil? Tres veces los han llamado. Mira, están allá todos.

Emil se atraganta, pega un brinco, salta fuera de la tribuna y cruza el estadio en diagonal a una velocidad de esprinter descerebrado. Mientras corre se despoja del chándal, y, al quedar cegado por un instante, está a punto de partirse la crisma. Da voces agitando los brazos, intentando llamar la atención de los hombres agrupados en la línea de salida, y afortunadamente llega a tiempo.

¿Quién es éste?, lo reciben con cara de pocos amigos. ¿Usted también quiere correr? ¿Pero de dónde sale?

Buscan su nombre en la lista, no lo encuentran. Al apuntarlo en la lista, tal vez impresionado por los 14'25"8, el capitán ha olvidado pasar las correcciones a la lista del juez de salida. Pero unos participantes extranjeros que están ahí ya han visto correr a Emil, lo reconocen, lo avalan, responden por él y al final se le permite correr.

Bueno, está bien, refunfuña el juez de salida, pero entonces póngase ahí, detrás, en segunda fila, en esa calle. Emil ya empieza a estar hasta el gorro y se permite protestar. Cuando se esfuerza en demostrar que tiene derecho a ocupar un puesto en la cuerda, los demás corredores se solidarizan y lo respaldan. Conocen la trayectoria de Emil, saben que es muy bueno, que por su calidad tiene derecho a que lo coloquen en una punta. Conforme, rezonga el juez de salida antes de alzar la pistola. Venga, vamos allá.

Como Emil, nervioso por semejante recibimiento, decide salir ya a toda velocidad, necesita poco tiempo para zafarse de sus adversarios más potentes. Es tal su ritmo que no tarda en sacarles una vuelta al resto de los corredores. Ante eso, ochenta mil espectadores se levantan a una gritando, pues Emil les depara un espectáculo nunca visto hasta entonces: tras sacarles esa vuelta a todos sus adversarios, comienza de nuevo a rebasarlos a uno tras otro y, conforme ellos acusan el golpe y aminoran la marcha, él va acelerando cada vez más. Boquiabierto o vociferante, pasmado tanto por la hazaña cuanto por esa manera imposible de correr, el público del estadio está enloquecido. De pie como todo el mundo, el propio Larry Snider se ha quedado anonadado ante ese estilo impuro. No es normal, dictamina, ese tipo hace exactamente lo que no debe hacerse y gana.

Ya sólo quedan dos vueltas, vocifera el comentarista, maravillado al ver pasar a Emil, y para que éste se entere bien, tiende dos dedos hacia él poniendo en peligro sus ojos. En las tribunas la gente se enardece, pateo, vibra, se exalta, todas las unidades militares jalean su nombre a coro. Última vuelta, se desgañita el comentarista fuera de sí, claramente más sofocado que el propio Emil, y el juez de salida suelta entusiasmado un pistoletazo al aire mientras Emil corre cada vez más, sigue aumentando el ritmo de la carrera pese a que todos sus adversarios han quedado ya muy lejos de él.

Cuando se lanza al fin en la última recta, y cuando cruza la cinta de meta, las tribunas empiezan a bramar, y los aplausos parecen no tener fin. A nadie, pues a todo el mundo le importa un rábano, se le ocurre tomar nota de que además acaba de pulverizar el récord checoslovaco.

Y Emil, sin sombra de cansancio, esgrimiendo una afable sonrisa, sigue corriendo un ratito más, como para mantenerse en forma tras tan pequeño esfuerzo. Pero no lo dejarán tranquilo así como así, se arrojan sobre él abrumándolo a preguntas, unos lo visten para que no se enfríe, otros lo desvisten para verlo mejor, todos lo fotografían por todos los lados, todos quieren decirle a la vez que acaba de hacer algo inconcebible. Por entonces su nombre apenas es conocido fuera de las fronteras de su país, y la gente parece creer que él tampoco lo conoce, pues se lo repiten en todos los tonos, como para informarle. Emil, ya sabemos lo sencillo y modesto que es, está azorado ante esa admiración que le tributan por doquier. Y no cesa de asegurar que

no, que son ustedes muy amables pero que de verdad que no, que no es un corredor milagroso, que sólo quedó quinto en los campeonatos de Europa.

Pero el más feliz en todo este asunto, el que se ha llevado la mayor alegría, es el portador de cartel humillado. El corazón de Joe, en ese instante, está inflamado de orgullo. Dentro de un rato, Emil tendrá que participar en el desfile final, con la medalla prendida en su chándal. Antes de sumarse a él, divisa a su soldado americano, cartel en mano, que lo espera con impaciencia y que, no bien puede, se arroja sobre él, loco de orgullo. Sólo uno, grita abrazándolo y riendo al borde de las lágrimas, sólo uno, sólo uno. Lo toca, lo aprieta, lo soba, lo estruja, está tan contento que podría pegarle. Cuando camine luego ante Emil, en el desfile, Joe resplandecerá de triunfo y de felicidad, sabiéndose, ahora sí, envidiado por todos los demás portadores de carteles del mundo. Sólo uno, hostia, sólo uno.

Un estilo, en efecto, imposible. Larry Snider no es el primero en observarlo. En preguntarse cómo se las compone Emil.

Hay corredores que parecen volar, otros bailar, otros desfilar, otros parecen avanzar como sentados sobre las piernas. Algunos dan tan sólo la impresión de ir lo más rápido posible a donde acaban de llamarlos. Emil, nada de todo eso.

Emil parece que se encoja y desencoja como si cavara, como en trance. Lejos de los cánones académicos y de cualquier prurito de elegancia, Emil avanza de manera pesada, discontinua, torturada, a intermitencias. No oculta la violencia de su esfuerzo, que se trasluce en su rostro crispado, tetanizado, gesticulante, continuamente crispado por un rictus que resulta ingrato a la vista. Sus rasgos se distorsionan, como desgarrados por un horrible sufrimiento, la lengua fuera intermitentemente, como si tuviera un escorpión alojado en cada zapatilla de deporte. Está como ausente cuando corre, tremendamente ausente, tan concentrado que ni parece estar cuando está ahí más que nadie, y su cabeza, encogida entre los hombros, sobre el cuello siempre inclinado hacia el mismo lado, se balancea sin cesar, se bambolea y oscila de derecha a izquierda.

Puños cerrados, contorsionando caóticamente el tronco, Emil hace también todo tipo de cosas con los brazos. Cuando todo el mundo os dirá que se corre con los brazos. A fin de propulsar mejor el cuerpo, los miembros superiores deben utilizarse para aligerar las piernas de su propio peso: en las pruebas de fondo, el mínimo de movimientos con cabeza y brazos mejora el rendimiento. Pues Emil hace exactamente lo contrario, parece correr sin que le importen los brazos, cuya impulsión convulsiva arranca de demasiado arriba, describiendo curiosos desplazamientos, a ratos alzados o proyectados hacia atrás, colgando o abandonados a una absurda gesticulación, y sacude también los hombros levantando exageradamente los codos como si transportase una carga demasiado pesada. Mientras corre parece un boxeador luchando contra su sombra, por lo que todo su cuerpo se asemeja a un mecanismo descompuesto, dislocado, doloroso, salvo la armonía de sus piernas, que muerden y mastican la pista con voracidad. En suma, no hace nada como los demás, que a veces piensan que actúa atolondradamente.

Pero no todo es correr a su manera, resulta que también hay que entrenarse. De modo que él también se entrena.

Sobre esa cuestión del entrenamiento, abundan las teorías de todo el mundo. El sistema sueco, llamado a intervalos, consiste en series de sprints alternados con pausas más o menos largas. El sistema Gerschler preconiza el entrenamiento fraccionado, cronometrado en pista y a ritmo relativamente lento. El sistema Olander prescribe un periodo de footing con cambios de velocidad, pero en pista blanda y en

un entorno natural. Emil ha estudiado minuciosamente cada uno de estos métodos, y los ha asimilado uno tras otro para condensarlos en uno solo, el método Emil, que no deja tampoco más que un mínimo espacio a la pura cultura física.

Todas esas técnicas aconsejan por ejemplo pausas entre los sprints, circuitos de facilidad intermedia que la mayoría realizan caminando. Emil no, él prefiere correr entre dos esfuerzos, convencido de que el organismo se habitúa de ese modo a descansar en plena carrera y, aun en un estado de intenso cansancio, a mantener el ritmo adecuado.

Todas observan también el principio de mantener la intensidad del esfuerzo a un nivel más bajo que el de la competición: mientras uno se entrena, conviene escatimar las fuerzas que se necesitarán durante la prueba. Emil opina, por el contrario, que es preciso entrenarse lo más duramente posible, multiplicar los ejercicios trabajosos para que la carrera resulte después más fácil.

A su juicio, ninguna de esas técnicas temple suficientemente la voluntad, al aceptar que el corredor reduzca el ritmo cuando siente que le flaquean las fuerzas. Emil no está nada de acuerdo con eso. Cuando se siente cansado, a poco que advierta el menor peligro de lentitud, se esfuerza de inmediato en acelerar. Su suerte, en ese sentido, es que le gusta sentir dolor. Sabe que puede contar con su amor al dolor y consigo mismo: nunca deja que nadie le dé masajes.

Ese modo de entrenarse le permite agotar a sus adversarios mediante un gran número de sprints intercalados, al tiempo que se reserva fuerzas para el final, que es siempre sumamente violento. Su ritmo en la carrera se modifica constantemente, a base de tempos rotos y sutiles cambios de velocidad, de los que se quejan amargamente quienes corren tras él. Porque no sólo les resulta casi imposible seguir sin descentrarse la pequeña zancada corta, discontinua, desigual y sincopada que gasta Emil, no sólo esos incesantes cambios de ritmo les complican horrorosamente la vida, no sólo esa cadencia extraña y cansada, acompañada de gestos rígidos de autómatas, los desalienta porque los engaña, sino que el continuo balanceo de la cabeza, sumado al incesante molino de los brazos, les produce casi vértigo.

Nunca, nunca nada como los demás, y eso que es un tipo como todo el mundo. Cierto que hay quien asegura que los intercambios gaseosos de sus pulmones son anormalmente ricos en oxígeno. Cierto que hay quien sostiene que su corazón está hipertrofiado, que tiene un diámetro por encima de la media y que late a un ritmo menor. Pero una comisión técnica médica, especialmente reunida en Praga a tal efecto, desmiente todos esos rumores y afirma que nada de eso, que Emil es un hombre normal, que únicamente es un buen comunista y que eso lo cambia todo.

Total que nada es seguro, salvo que al parecer ha sabido disciplinar ese corazón y esos pulmones, capacitarlos para los esfuerzos de velocidad más próximos y para recuperarse igualmente deprisa. Ello le permite rematar una larga carrera con un

desenfrenado sprint y, sin jadear apenas, salir corriendo a los pocos segundos para recoger el chándal en la otra punta del estadio, y hacer lo mismo al día siguiente.

Algún día se calculará que, sólo entrenándose, Emil habría dado tres veces la vuelta a la Tierra. Hacer que funcione la máquina, mejorarla sin cesar y arrancarle resultados, eso es lo único que le importa, y es sin duda lo que hace que, para ser sinceros, verlo no sea nada bonito. El caso es que todo lo demás le importa un pimiento. Esa máquina es un motor excepcional en el que se ha omitido montar una carrocería. Su estilo no ha alcanzado ni quizá alcance nunca la perfección, pero Emil sabe que no dispone de tiempo para prestar atención a eso: serían demasiadas horas perdidas en detrimento de su resistencia y del incremento de sus fuerzas. De manera que aunque no quede muy bonito, se limita a correr como más le conviene, como menos le canse, y se acabó.

Con o sin estilo, Emil es ya una estrella mundial. En definitiva no ha hecho falta tanto: Oslo, Berlín, un cross interaliado en Hannover y los sucesivos récords que cosecha en su país. En cuestión de un año, su nombre ha dejado de aparecer en pequeños caracteres a pie de columna en las reseñas de atletismo de los periódicos especializados para dar paso a sus fotografías en la portada de la prensa deportiva internacional, y al poco ya no sólo deportiva.

Se ha convertido en lo que se llama un gran campeón. Su presencia es obligada. Ni siquiera se anuncia en una prueba, tan sólo se indica, tiempo antes de que se celebre, que él será el ganador. Sus posibilidades de victoria son tan absolutas que desanima a la gente, a tal punto que las federaciones rechazan su presencia. Propuesto para tal o cual carrera en el extranjero, en más de una ocasión se anula su participación debido a su presumible superioridad, cosa que esas federaciones no ocultan. Preferiríamos que no participara, confiesan humildemente algunas, sólo para que no se desmoralicen nuestros corredores. Otros alegan más hipócritamente que su presencia no aportaría nada desde un punto de vista técnico a sus corredores.

Incluso los médicos, que lo han condenado hace tiempo so pretexto de que corre de modo insensato, se inmiscuyen en el asunto. Menean la cabeza anunciando que, desde hace dos años, esperan verlo expirar en cualquier instante. A su entender, semejante fenómeno, que en realidad se está asesinando a sí mismo, no puede durar mucho. Los doctores pueden decir lo que les dé la gana, comenta apaciblemente Emil, pero a mí no me gustan. Sirven para cuidar enfermos, no a muchachos como yo. Yo soy mi propio médico.

Los periódicos se adueñan gozosos del debate, que es una mina para ellos. ¿Desafía Emil al cuerpo médico? ¿Aguantará Emil? ¿No corre demasiado Emil? Comoquiera que sea, comienza a crear un fanatismo en torno a su persona, recibe cientos de cartas por sacos postales enteros, peticiones de autógrafos o de consejos, fotos dedicadas, propuestas de matrimonio, y se ha ganado un apodo. La Locomotora. Todo va bien.

Todo no va mal, de rebote, para el régimen checoslovaco, traspasado después de la guerra y del golpe de Praga al bloque socialista, y que comienza a ver en Emil un espléndido instrumento de propaganda. Es su mejor diplomático, el embajador más eficaz, se ha convertido en un atleta de Estado. De esos a los que, como a los trabajadores de élite, se les conceden un estatuto especial, condecoraciones y privilegios. En la vida civil, éstos pueden recibir un chalet, medallas, un puesto honorífico en la industria textil, por ejemplo, o en la metalúrgica. A Emil, que es militar, irán ascendiéndolo de grado en grado, si bien su actividad sigue centrada en el deporte. En una palabra, van a tenerlo en palmitas. Huelga decir que lo mantienen

en el ejército, que por lo demás a él le gusta, pero ofreciéndole condiciones ideales de preparación y, al propio tiempo, de simple sargento que era, se le asciende rápidamente a teniente en el cuerpo de carros de asalto.

En su guarnición de Milovice, al nuevo teniente se le encomienda dirigir el entrenamiento de los reclutas, cometido del que la prensa asegura que no es una prebenda, precisando para ilustrar su leyenda que el correo militar lo transporta todas las noches a pie el mejor corredor del mundo. Sin menoscabo, claro está, de su entrenamiento habitual en terreno variado, a veces en uniforme de campaña, pues a Emil le encanta galopar por la nieve con las gruesas y pesadas botas de su equipo. Corred veinte kilómetros con ellas, gusta de prescribir, y luego en la pista, cuando os pongáis calzado ligero, no podéis imaginar cómo se nota la diferencia. En esa misma perspectiva, cuando entrena en el gimnasio, se fija unas pesas en los tobillos a la hora de realizar las flexiones.

Así siguen las cosas, Emil está en todas partes, desde las competiciones internacionales —La Haya, Argel, Estocolmo, París, Helsinki, donde vence al corredor de los bosques profundos— hasta los simples encuentros de atletismo de provincias como por ejemplo el de Zlin, un mes de junio, donde ve a una muchacha que le gusta.

Debo decir que la muchacha es estupenda, muy guapa, alta y delgada, pelo castaño corto, mirada gris claro, hermosa sonrisa enérgica y dulce, y además es lanzadora de jabalina. Emil se informa un poco y se entera de dos cosas, primero de que se llama Dana, segundo de que es hija de su coronel. Comoquiera que esa hija de coronel y su jabalina acaban de mejorar su récord personal en la pista de Zlin, Emil, sagazmente, ve que se le presenta la ocasión ideal. Corre a comprar un ramo de flores y acude a felicitarla. Conversan y, a los pocos días, cuando él bate de nuevo uno de sus propios récords, le toca a Dana ir a felicitarlo.

Conversan de nuevo y, al hilo de la conversación, reparan en que han nacido el mismo 19 de septiembre, aunque ella tiene seis horas más. Como tal fenómeno les maravilla, y como Emil no quiere dejar así las cosas, le dice al cabo de unos instantes a la muchacha: Escucha, vamos mal si tenemos que acudir a felicitarnos cada vez que uno de los dos bata un récord. Será el cuento de nunca acabar. Porque verás, récords me da la impresión de que vamos a batir cantidad. La mejor manera de felicitarnos sin tener que desplazarnos cada vez sería quizá vivir juntos, ¿no? ¿Qué opinas?

Mientras espera a saber qué opina, Emil vuela al cabo de un mes para participar en los Juegos Olímpicos, que ese año organiza Londres. Hace un calor espantoso en la ciudad, y el día en que Emil debe correr los diez mil metros la atmósfera es pesadísima, agobiante, un tiempo de tormenta que no acaba de decidirse. Una bruma muy densa dilata el cielo y forma, entre Sol y Tierra, una gigantesca lupa que origina cuarenta grados a la sombra.

Emil figura como favorito, ni que decir tiene, pero también está allí Heino, que sigue sin decir nada, lo cual no quiere decir que no piense. El hombre de los bosques profundos tiene sed de venganza y ni la menor intención de dejarle a Emil la última palabra. En vista de lo cual, Emil elabora una táctica de la carrera con el doctor Knienicky, a quien por una vez acepta como consejero. La táctica, dicho sea de paso, es bastante elemental. Cuando el doctor sentado en las tribunas juzgue llegado el momento de acelerar, agitará una camiseta roja, la camiseta de recambio de Emil, que sólo corre de rojo, representando a su país en los estadios exclusivamente con el color de la revolución proletaria, sin que se sepa si la ha elegido él o no.

Emil arranca como de costumbre con su fuerza mecánica, su regularidad de robot, pero en esta ocasión de modo más tranquilo que en Berlín, mientras que Heino ha hecho una salida salvaje y enseguida saca a todos ochenta metros de ventaja. Emil, que sabe muy bien lo que quiere hacer y aguarda la señal, parece no prestarle atención. Se mantiene en duodécima, en decimoquinta posición durante todo el lapso de observación que se toma, administrando su esfuerzo con serenidad. Sólo a mitad de recorrido, cuando divisa la camiseta roja discretamente agitada por el médico, que acaba de ponerse en pie en las tribunas, entra en la carrera y comienza implacablemente a acelerar.

A partir de entonces causa estragos, manteniendo una cadencia brutal que contrasta con el ritmo ligero de su rival Heino. Tras dar la impresión de haber gastado una parte de sus fuerzas, se ve renacer a un entero Emil a mitad de la carrera, un tipo intacto y lozano, arrebatado, dueño de una tenacidad que asusta. Pánico en los bosques profundos: barruntando el descalabro, Heino intenta atajar la máquina retomando arrogantemente el mando de las operaciones. Pero Emil odia ver la espalda de sus adversarios, y no tolera la situación más de quinientos metros. Para vengar el insulto, para lavar la afrenta, componiéndose a base de muecas un rostro terrorífico, se pone manos a la obra con furia, mientras el doctor Knienicky, bañado en sudor, ahora de pie en el asiento, no cesa de agitar con frenesí, por más que sea ya inútil, la camiseta roja con la que se enjuga alternativa y distraídamente la cara y el cuello. Sprint final y, en unas decenas de metros, lo ha pulverizado todo, lo ha aniquilado todo, ha logrado la primera medalla de oro del atletismo checo.

Al llegar a la meta, todo el mundo imagina que tras semejante esfuerzo, tras demostrar unos recursos a tal punto sobrenaturales, el diabólico Emil no puede sino desplomarse. Pues nada de eso. Por el contrario, se pone a dar brincos por el estadio, va a buscar un vasito de agua a pequeñas zancadas. Regresa corriendo hacia la tribuna de los vencedores, propina una cordial pero respetuosa palmada en la espalda al doliente Heino y, pirueteando, se yergue en impecable equilibrio sobre las manos, corriendo incluso unos metros sobre ellas, por variar un poco.

Saltándose las barreras y vociferando, el contenido de las tribunas se vierte sobre

él, Emil queda sumergido por una multitud en medio de la cual entre dos caras joviales divisa al doctor Knienicky, llorando de alegría y más risueño que nadie. Luego, cuando la gente se ha calmado ya un poco, se reúnen en un pub ante dos pintas de cerveza a la que Emil no hace ascos, ni tampoco el doctor Knienicky.

Pues oye, le dice el médico, menuda tortícolis parecías tener, has hecho más muecas hoy que en Berlín. Ya lo sé, reconoce Emil, es lo que siempre me echan en cara. En los entrenamientos, en las competiciones, todos dicen lo mismo. Pero no puedo evitarlo, no es ninguna pose. Te juro que hace daño de verdad lo que hago, si crees que no preferiría sonreír. Al menos podrías intentarlo, sugiere distraídamente el médico, levantando la mano para pedir otra pinta. No tengo suficiente talento para correr y sonreír a la vez, reconoce Emil, levantando también la suya. Correré con un estilo perfecto cuando se valore la belleza de una carrera según un baremo, como en el patinaje artístico. Pero yo, de momento, lo que tengo que hacer es correr lo más rápido posible.

Regreso, pues, de Londres con el oro de los diez mil metros, que Emil completa con una medallita de plata en los cinco mil, y ahora sí que está lanzado. Pero no todo son Juegos Olímpicos en la vida, no todos los días son tan entretenidos. Un año después ha de correr en su región natal, en el estadio de Ostrava, contra dieciséis adversarios militares.

Pero la víspera se hallaba en Gottwaldov y sólo ha podido tomar el expreso de las once de la noche. El tren estaba abarrotado, el viaje ha durado cinco horas durante las cuales Emil ha tenido que quedarse de pie en el pasillo del vagón, sin más alimento que unas galletas regadas con un poco de cerveza que le ha ofrecido un militar de permiso. Al llegar a Ostrava, sigue muerto de cansancio y se duerme en el tranvía, menos mal que un soldado que lo ha reconocido lo despierta en la parada del estadio.

Cuando suena el pistoletazo de sus nuevos diez mil metros, Emil no quiere convertirse en un espectáculo, aunque el que haya escaso público en las gradas no tiene nada que ver, lo que pasa es que no se ve con ánimos para eso. No se entrenó gran cosa la víspera y está totalmente reventado, muerto de ganas de acabar. No obstante, la pista está en excelente estado, acaban de rehacerla, con esas grandes curvas que siempre han favorecido las marcas. Y así, maquinalmente, Emil se pone casi enseguida en cabeza y se despegua con rapidez de sus rivales, sacándoles cada vez más distancia.

Corre, corre sin plantearse nada hasta que el altavoz anuncia que, en las primeras vueltas, sus tiempos intermedios son superiores a los de Heino. Y éste, aunque derrotado en Londres, sigue conservando su récord mundial. La evocación de los bosques profundos complace a Emil, pero de todas formas sigue cansado por el viaje y no se ve capaz de mantener el ritmo. Con todo, pasado el séptimo kilómetro, cambia de opinión y, sintiendo que todavía dispone de unas reservas, decide probar fortuna. La prueba y ya está, hecho, bate el récord del mundo.

Campeón del mundo: la reacción es inmediata y lo nombran capitán pero comienzan los problemas. Se reúnen los altos mandos. Todos convienen en que Emil, cómo no, es un fenómeno del socialismo real. Pero por eso mismo es preferible guardárselo, economizarlo y no enviarlo demasiado al extranjero. Cuanto menos se lo vea, mejor. Porque sería una auténtica lástima que por una cabezonada, durante alguno de esos viajes, se pasara al otro bando, al inmundo bando de las fuerzas imperialistas y del gran capital. Por consiguiente convocan a Emil, que acaba de ser invitado a participar en una prueba internacional de cinco mil metros en Los Ángeles.

Camarada, le dicen, el comité militar ha decidido que, en lo sucesivo, no podrás participar en ninguna competición deportiva sin previa autorización. Conforme, dice Emil, pero eso no cambia nada. Hasta ahora se me han concedido esas autorizaciones.

Pues ahí está, camarada, a partir de ahora ya no las recibirás. Puedes retirarte. Y el comité se descuelga con un comunicado en el que anuncia dicha medida, alegando que las invitaciones demasiado numerosas a encuentros de escasa importancia apartan a Emil de sus deberes militares, impidiéndole proseguir su perfeccionamiento deportivo.

Emil traga, pero no le hace mucha gracia. No dice nada, pero el caso es que, al poco, comienza a perder con cierta regularidad. Se vuelve despreocupado, acaba tercero o cuarto en carreras que hubiera podido ganar fácilmente. Da la impresión de que no está muy en forma, a veces ni siquiera toma la salida. En la prensa extranjera, al principio fingen no entenderlo. Dicen que Emil está enfermo. Hablan de lesión en el pie, de tétanos, de infección de la sangre, especulan sobre el triunfo de los médicos que lo habían condenado. O creen comprenderlo pero lo expresan con diplomacia: no queremos prestar crédito, escriben prudentemente, a los rumores según los cuales Emil ha enfermado súbitamente al saber que las autoridades de su país no han autorizado que viajase, como estaba previsto, a California.

Pero aun así las cosas no van mal en todos los frentes. Un sábado la prensa deportiva, más optimista respecto a él, anuncia: nueva prueba, mañana, para Emil. Pero sólo se trata de su boda con Dana anunciada para el día siguiente. Y un espléndido domingo de otoño, vestido con su flamante uniforme de capitán, contrae matrimonio, en efecto, con la hija del coronel, futura campeona olímpica de jabalina. Y así, bajo una doble hilera de estas armas que provoca enormes aglomeraciones, el cortejo nupcial ocasiona largos embotellamientos en las calles de Praga. Praga, donde, fuera de eso, todo el mundo se muere de miedo.

Praga, donde, en esos años, todo el mundo tiene miedo, todo el tiempo, de todo el mundo y de todo, en todas partes. En aras de los intereses superiores del Partido, el gran cometido es ahora depurar, dismantelar, aplastar, liquidar a los elementos hostiles. La prensa y la radio no hablan de eso, la policía y la Seguridad del Estado se encargan de ello. Todo el mundo puede ser procesado en cualquier instante, acusado de traidor, espía, conspirador, saboteador, terrorista o provocador, y de obedecer, indistintamente, consignas trotskistas, titistas, sionistas o socialdemócratas, siendo tachado por ello de kulak o de nacionalista burgués.

En cualquier momento, cualquier persona puede ir de patitas a una cárcel o a un campo de concentración, por motivos que por lo común ignora. Las más de las veces acaba allí no tanto por lo que piensa cuanto porque moleste a alguien dotado de poder para enviarlo allí. A diario, desde los cuatro rincones del país, llegan cientos de cartas a la Seguridad del Estado que la alertan, con suma zalamería e imaginación, acerca de tal camarada, colega, vecino, pariente, denunciándolo de conspiración contra el régimen.

Y sí, estamos en el punto que conocimos, de forma un poco distinta, no hace ni diez años. Como nadie se atreve a hablarse ni a escucharse, todo el mundo huye sistemáticamente de todo el mundo, la gente ya no se conoce ni siquiera dentro de las familias. La prensa está maniatada como nunca, como tiempo atrás, el escuchar radios extranjeras puede suscitar severas represalias. Dado que el terror se ha instalado en las conciencias, la elección es sencilla: callar y resignarse o sumarse a las demostraciones de aprobación fanática del régimen y al culto al presidente Gottwald. Una buena tabla de salvación consiste también en afiliarse al Partido, que en unos meses se ha incrementado en más de un millón de nuevos miembros entre los que se cuenta, bien hay que decirlo, Emil.

No se vaya a pensar que Emil es un oportunista. Que cree sinceramente en las virtudes del socialismo es algo indiscutible, pero no menos discutible es que, en la situación en que se halla, resulta difícil obrar de otro modo. Sabe que está en el punto de mira y que ya, en las esferas pensantes del poder, dan en preguntarse con toda lógica si la situación de gran deportista popular no dimana del individualismo burgués, toda vez que la adoración malsana de un atleta desvirtúa gravemente el ideal estajanovista.

Emil, por más que las altas instancias precavidamente sigan prefiriendo ocultarlo, sostener que está en baja forma, cansado e incluso enfermo, no da su brazo a torcer. Habida cuenta de que Heino, resurgido entre rugidos de sus bosques profundos, ha vuelto a hacerse con el récord mundial de los cinco mil metros, Emil vuelve a arrebatárselo cincuenta y dos días después, dejando tan atrás a sus adversarios que el

segundo termina con cuatro vueltas de retraso. En cinco mil y diez mil metros, Emil sigue siendo sin lugar a dudas el hombre más rápido del mundo.

A los pocos meses, en Finlandia, vuelve a pulverizar hasta tal punto su propio récord de los diez kilómetros que el público, la primera vez que anuncian el resultado, se niega a creerlo y enmudece. Cuando se confirma ese tiempo, se desata un huracán de entusiasmo que se prolonga sin mengua durante veinticinco minutos. Vuelto el silencio, Emil da su vueltecilla de honor a la velocidad de un buen cuatrocientos metros como si tal cosa. Y, como cada vez que lo felicitan, insiste en que no es mérito suyo, atribuyendo su hazaña a la calidad de la pista, y a la temperatura de los países nórdicos. Y además, asegura, las hazañas individuales tienen escasa importancia. Lo que cuenta es atraer a las masas trabajadoras a los estadios. Eso es lo que importa. Claro que sí, Emil, claro que sí, tan estimable reflexión te honra.

Total, que sigue ganando casi siempre, con lluvia, con nieve, con un viento gélido, los deja a todos detrás, en todas partes. En casi todas partes. Porque en las competiciones de Europa oriental donde participan la URSS y los países satélites, en los grandes rallies comunistas en Berlín Este, Budapest, Bucarest, Varsovia, o cuando parte a entrenarse a Crimea, allí, por supuesto, no hay objeción alguna para que abandone Praga. En cambio cuando lo invitan a algún lugar del mundo considerado libre, entiéndase esclavo del gran capital, lo cual sucede con gran frecuencia ya que se lo piden por doquier, ni pensarlo. Por otra parte, quien contesta y rehúsa ni siquiera es él, sino la federación. Y por otra parte ésta, al socaire de la guerra fría, raras veces se digna contestar.

Ni siquiera al cross de *L'Humanité*, que ofrece sólidas garantías en el plano ideológico y que convoca a los mejores atletas del bloque socialista, ni siquiera a ése le dejan acudir. Lo que sucede también es que desconfían, tienen sus motivos. Pongamos el caso de un tal Bacigal, joven estudiante checoslovaco, excelente corredor de medio fondo, a quien habían permitido correr en ese cross de *L'Huma*. Y mira por dónde se le ha ocurrido la idea de no regresar a Praga, de quedarse en París y pedir no se sabe qué asilo más o menos político. Enojosísimo precedente. Vivísimo descontento por parte de la federación y a continuación de las altas esferas. Eso sí, han debido de reaccionar a la chita callando, de tomar medidas y contratar a técnicos, ya que del joven Bacigal, al poco de conseguir el permiso de residencia y apuntarse al Racing Club de France, no volverá a oírse hablar.

Es en extremo importante que no se produzcan tales contrariedades con Emil, por lo cual lo cuidan y están pendientes de él, extrayéndolo a veces de su retiro para exhibirlo, llegando incluso a organizar actuaciones personales, sin adversarios. Con ocasión de la Jornada del Ejército Checoslovaco, ante cincuenta mil personas en el estadio militar de Strakov, lo hacen correr solo durante el segundo tiempo de la final

del campeonato de fútbol. Inmediatamente después desaparece.

Así pues, lo ocultan, él calla, y deja de oírse hablar por completo de él. Durante ese tiempo Emil permanece silencioso y discreto, no parece volver a correr, hasta el punto de que en el extranjero todo son conjeturas. ¿Qué hará, que habrá sido de él? ¿Se le autorizará algún día a salir al extranjero al margen de las competiciones oficiales? ¿Se prepara a batir récords en secreto? ¿Está de nuevo enfermo? ¿Está acabado? Misterio. Siempre es excelente el misterio.

Todo eso dura bastante tiempo, hasta que, una vez tras otra, como surgido Dios sabe de dónde, Emil bate dos nuevos récords del mundo, el de los veinte kilómetros y el de la hora. Pasa a ser el primer hombre en la historia en correr más de veinte kilómetros en una hora. Y durante esta hazaña que todos declaran de inmediato legendaria, el kilómetro que recorre más rápido es el último de esos veinte, lujo que evidencia que todavía contaba con reservas, que todavía puede hacerlo mejor. Tardará en igualarse esa marca, exclama la gente extasiada. Y es que Emil rebasa los límites humanos, transmuta las normas de las posibilidades físicas, resulta inaccesible para todos, nadie ha llegado tan lejos. Pensemos que esos dos récords los ostentaba el eterno Heino, e imaginemos el ambiente que reinaba en los bosques profundos. Se hablaba ya de declive, pero ahora la gente cae en la cuenta: Emil se preparaba para distancias que nunca había acariciado hasta entonces.

Entretanto, en el teatro de los procesos políticos, nunca se había llegado tampoco tan lejos. Gran espectáculo producido por la Seguridad del Estado, con el concurso artístico de los consejeros soviéticos para la dramaturgia, impecable comparecencia de los procesados, decorados y vestuario muy cuidados, papeles admirablemente aprendidos al dedillo por todo el mundo —jueces, fiscales, abogados, acusados—, minuciosa escenografía. Progresión dramática perfecta hasta el golpe de platillo del veredicto, ahorcamientos a mansalva, nutridos aplausos, numerosas llamadas a escena, larga vida al presidente Gottwald.

Por entonces un periodista extranjero, enviado especial de un diario deportivo, se empeña en entrevistar a Emil. Nada, ningún problema. Sólo que, para poder verlo, se necesita en primer lugar la autorización de su comandante, en segundo el beneplácito del sindicato de prensa y en tercero el del ministerio de información. Ello representa un sinnúmero de entrevistas previas, de formularios que rellenar en varias copias, de firmas y de sellos. El enviado especial, sin aliento, llega por fin a casa de Emil, en el número 8 de la calle Pujcovny, un edificio reciente situado al lado de correos. Llama y le abre Dana, sonriente, vestida sencillamente con una falda azul y un jersey marrón.

Cuánto lo siento pero Emil no está, dice compungida, con lo que le hubiera alegrado verle. Es que tiene que entrenar todas las tardes y estos días anda muy ocupado. Está preparando el viaje a Kiev, donde se enfrentará a una nueva promesa

soviética: Nicéforo Popov. Pero no se preocupe, venga esta noche y podrá hablar con él. Pero pase usted, le enseñaré la casa y tomaremos un té. Con mucho gusto, dice el enviado especial, encantado.

Son dos amplias habitaciones primorosamente decoradas. La guitarra de Dana cuelga de la pared, entre los cuadros, banderines, estantes repletos de libros y de objetos, los tapices, un retrato fotográfico enmarcado de Stalin, otro de Klement Gottwald, una lámpara en forma de mapamundi y un gran aparato de radio. Prolongándose en una hermosa cocina, distribuye ambas habitaciones un espacioso vestíbulo donde pueden admirarse los aparatos que utiliza Emil a diario para sus ejercicios de flexibilidad, entre ellos una escala vertical instalada en medio de innumerables medallas y trofeos. Y las jabalinas, señala Dana. Mis jabalinas.

La casa no está mal pero Dana no está sola. Aloja a una buena amiga, una joven profesora de escuela de hogar que es sumamente atenta, solícita, servicial y que no se separa de ella ni para preparar el té. De modo que se afanan en torno al té mientras Dana cuenta su vida de cada día. La verdad es que es sencilla, llevan una vida muy sencilla. Ella trabaja de archivera en la revista de deportes *Ruch*, lo cual le ocupa todo el día, mientras Emil desempeña en el ministerio sus funciones de oficial. Durante el tiempo restante, Dana trabaja la jabalina mientras él cubre sus kilómetros de entrenamiento diario. Estupendo, dice el enviado especial, encantado, pero tendrán también sus ratos de asueto, supongo.

Claro, contesta Dana. En primer lugar, le diré que a Emil le gusta contestar personalmente a su correo, recibe muchas cartas, y eso le lleva mucho tiempo. Y luego está la lectura, dice, señalando los estantes. Sí, Emil lee mucho. Y a veces también salen por la noche, los espectáculos y todo eso. Cuando se quedan en casa, escuchan música o tocan y cantan ellos. Emil tiene una bonita voz de barítono y le gusta cantar melodías antiguas del folclor nacional al final de la tarde, mientras ella le acompaña con la guitarra, dice, señalando su instrumento. Qué bien, dice el entusiasta enviado especial, olvidando lo que le pareció leer un día acerca de las aptitudes vocales de Emil. Luego, al anochecer, mientras se toma una copita de vino de Moravia, Emil insiste en cocinar él, es que le encanta, sabe usted. Lo entiendo perfectamente, se exalta el enviado especial, ahuyentando de su mente la reciente implantación de cupones de racionamiento de pan, harina y patatas. Y dígame, ¿cómo anda de forma últimamente?

Ah, dice Dana, ya le contará él, pero el caso es que anda regular. Es que, verás, ha estado enfermo, unas dichas anginas, y ha tenido que dejar de entrenar. Pero, bueno, va entrenando poco a poco, eso lo decide él, ya sabe que él es su propio entrenador. Claro, dice el enviado especial, ¿y qué planes tiene para los próximos Juegos Olímpicos? Ah, bueno, contesta Dana, lo de Helsinki se lo sigue pensando. Correrá los cinco mil y los diez mil metros, o los diez mil y la maratón. Pero esto, por

favor, que quede entre nosotros, la verdad es que empieza a cansarse de su celebridad, piensa más que nada en sus sucesores. Habrá usted oído hablar de Ivan Ullsberger, de Stanislas Jungwirth. Conozco esos nombres, asiente el enviado especial.

En fin, ya veremos, resume Dana. Lo que es seguro es que después de los Juegos Olímpicos, tenemos pensado arreglar un poco la casa, Emil sabe hacer de todo. Eso también le encanta. Piensa pintarlo todo, empapelar, arreglar la ducha y tapizar los sillones. El problema es que le gusta tanto el bricolaje, sonrío Dana, fingiendo quejarse, que en general lo deja todo perdido, ha echado a perder varias alfombras, pero qué le vamos a hacer, si le gusta. Ah, se enternece el enviado especial. Pero pase usted luego, zanja Dana levantándose, que ya le contará él.

Cuando regresa el enviado especial por la noche, le abre la puerta la profesora jovial mientras Dana, tras ella en la penumbra, dice que lo sienten muchísimo, pero Emil está ya dormido. Ya le he dicho antes, está muy cansado. Lo entiendo perfectamente, dice el enviado especial, emocionado, salúdenle de mi parte. Una vez se marcha, aguardan un instante y Dana se vuelve hacia la otra. Qué, dice, ¿ha ido todo bien? ¿He dicho lo que debía? La otra se despoja de la máscara de profesora y de inquilina, se arranca su disfraz jovial mientras abre un armario, pulsa la tecla de parada de una grabadora, desprende la cinta magnética y la introduce en un sobre. A continuación se la mete en el bolsillo del abrigo, que se embute secamente sin contestar. Voy a hacer el informe, camarada, se limita a decir. Llegado el caso, se te informará. Sale, una berlina T600 azul oscuro se detiene de inmediato ante el portal y sube en el coche, que arranca hacia el edificio de la Seguridad.

Los Juegos de Helsinki comienzan el martes, pero Emil no está muy en forma. Ya con treinta años, está cansado, quizá también afectado por la alternancia de sus desapariciones de escena con sus esforzados retornos. Tiene el torso hundido, las mejillas chupadas, los ojos embutidos en las órbitas, su mujer no lo ha visto nunca tan delgado, es domingo y no se encuentra bien. Chorreando sudor pero nunca sin aliento, vuelve de sus veinte kilómetros diarios fraccionados en largos sprints, y prepara el equipaje. Al día siguiente, vuela rumbo a Finlandia con Dana, que lo acompaña con su doble título de atleta y de esposa de atleta, flanqueado por un puñado de corpulentos oficiales, gigantes mudos con chaqueta roja y mirada cerril que no se separan nunca de él, sobre todo en el extranjero.

Helsinki, tiempo fresco, cielo bajo, manto liso de nieve, zigzagueos de viento, temporales intermitentes. La humedad llega de todas partes, del cielo pero también de los innumerables lagos y de los ríos, del mar que se infiltra por mil vericuetos en la capital. Pero el aire es tonificante y, a esa latitud, la breve noche coincide con el tiempo de sueño: descanso perfecto. En vez de limitarse a correr dos pruebas de fondo, Emil sorprende a todo el mundo decidiendo finalmente apuntarse a las tres, cinco mil metros, diez mil metros y maratón.

Tal decisión no es del gusto de todos y menos de los profesionales, ni siquiera los de los países hermanos. El comité olímpico soviético manifiesta su escepticismo, que equivale a una crítica y por ende a una desaprobación, por boca de su secretario general. Nadie, declara, puede realizar buenas marcas en tres carreras tan duras y en intervalos tan cercanos, ni siquiera el impar Paavo Nurmi. Declaración que deja indiferente a Emil pero que le da una idea: siempre deseoso de conocer las curiosidades locales, se acerca a visitar a Paavo Nurmi.

Nurmi ha sido antes que él, nada menos que un cuarto de siglo, el más grande corredor de todos los tiempos. Apodado el Finlandés Volador, fue el inventor del entrenamiento con cronómetro, cronómetro del que no se separaba ni para correr, ni para comer ni para dormir. Se ha convertido en un hombre rico y tiene abierta en Helsinki una mercería que es lugar de peregrinaje para los atletas de todos los países, que se agolpan para tener el honor de estrecharle la mano. Nurmi, sin decir una palabra, se limita a mirarlos directamente a los ojos y a venderles por precios abusivos camisetas finlandesas y exorbitantes corbatas de seda que no necesitan para nada. Después de comprar la camiseta como los demás, Emil, desplumado, la lleva unas horas —es bonita, pero le queda demasiado pequeña, además pica un poco—, se cambia para embutirse la camiseta roja, dorsal número 903, y da comienzo la carrera de los diez mil metros.

Transcurrida una cuarta parte del trayecto, toma las riendas del asunto y ya no las

suelta. A medio recorrido acelera a toda velocidad y comienza a romper el ritmo de manera sincopada, como sabe hacerlo él: brusca arrancada en la línea opuesta y la curva de llegada, disminución de la velocidad ante las tribunas como para dar tiempo a que la gente lo admire, y arrancada a fondo. Los demás podrían llegar a seguirle siempre que mantuviera un ritmo regular, pero tan continuas arremetidas, tan incesantes trastrueques, los desquician, los agotan, los desmoralizan: sus corazones y sus piernas sufren brutales sobresaltos cada vez, la sangre les sube a las sienes y es durísimo para ellos, pero a él le trae sin cuidado y gana: medalla de oro.

Tres días después, se enfunda otra vez la camiseta y vuelta a empezar. Pero como ya le ha advertido a Dana y contrariamente a lo que la gente cree, Emil no acaba de estar en forma. No alberga ninguna esperanza de vencer en esa carrera, que no es su formato preferido. Le gustaría, eso sí, no llegar cuarto, es cuanto desea. Cuarto sería penoso. No, un tercer puestecillo le iría la mar de bien. Pero es superior a sus fuerzas: brutal aunque metódicamente, gesticulando y muequeando más diabólicamente que nunca, vuelve a arreglárselas para romper el ritmo de sus adversarios, aturdirlos, desconcertarlos, desorganizarlos. Los asfixia uno tras otro para hacerles perder la noción de la carrera y de su capacidad. Y, ya puestos, cuando va tercero tal como deseaba, no viendo por lo tanto más que dos hombres de espaldas delante de él, lo cual siempre le irrita un poco, arremete con un pequeño impulso que se había reservado, los rebasa y gana: medalla de oro.

Y cuatro días después Emil se vuelve a enfundar la camiseta roja para tomar la salida de la maratón. Sus entrenadores oficiales se oponen, pero a él le importan un pimiento los entrenadores, médicos, masajistas, agentes, dietistas o preparadores físicos, toda esa pandilla a la que no necesita. Y allá va.

Como es sabido, la maratón existe desde que el general Milcíades, satisfecho de haber vencido al enemigo en un campo de hinojo, envía a su mensajero Filípides a anunciarlo cuanto antes a Atenas. Éste corre durante cuarenta kilómetros bajo un sol de justicia y muere al llegar. Como es sabido también, dos mil años después se amplió oficialmente esa distancia a cuarenta y dos kilómetros con ciento noventa y cinco metros, es decir el espacio que media entre el Great Park de Windsor y el White City Stadium de Londres. Es sabido asimismo que resulta espantosamente agotador, y también que Emil no la ha corrido hasta entonces.

Pero allí va. Y la gente se dispone a disfrutar perversamente del espectáculo que suele ofrecer retorciendo el rostro, torturando el esqueleto, pareciendo forzar violentamente el cuerpo a cada zancada. Pues nada de eso. El hombre de rasgos descompuestos por un tremendo dolor es el Emil de la pista. El Emil de la maratón corre con la más absoluta serenidad, sin experimentar aparentemente el menor sufrimiento. A mitad de recorrido, cuando los participantes desanimados dan con frecuencia media vuelta, como un sueco y un inglés que lo han escoltado hasta allí

sacando un palmo de lengua blanquecina, se vuelve sonriendo hacia ellos: Bueno, les dice, muy amables por acompañarme, pero ahora les dejo. Tengo que seguir.

Y los abandona y sigue solo, disfrutando de la relajación que experimenta. Zancada regular, expresión serena, Emil contesta con breves gestos a los gritos del público que se agolpa a su paso, intercambia alguna que otra broma con los ocupantes de los coches que siguen la carrera, guiña el ojo a quienes se extrañan de su abrumadora superioridad. Es la primera vez que se le ve sonreír mientras corre, exhibiendo sus grandes dientes y contemplando el paisaje. Poco le falta para firmar autógrafos al pasar, o intercambiar impresiones sobre la amable campiña finlandesa, alegre marco de abetales y campos de cebada, de rocallas oscuras y abedules, de lagunas rutilantes de sol.

Con todo, una pequeña molestia siete kilómetros antes de la meta: al notar que el sudor se le pega demasiado a la camiseta, se la remanga y prosigue, con el torso semidesnudo, radiante. Además, como parece que el estadio olímpico queda ya cerca, conviene comprobar si su sistema expresivo funciona como debe. Así pues, comienza a gesticular para asegurarse de que la gente lo reconoce, pero apenas un poco, no la gran demostración clásica, nada comparable a su número de pista. Apenas un pequeño juego de rictus que no incrementa hasta antes del estadio, donde éstos le sirven de pasaporte, permitiéndole ser identificado nada más entrar por el público, feliz de verlo con su aspecto habitual. Anunciado por un toque de trompetas, llega fresco como una lechuga, permitiéndose para disfrute general un pequeño sprint final que no era imprescindible, y ya está, lo ha ganado todo: medalla de oro.

Emil, dirán sus denigradores, ni siquiera ha ganado la maratón: se ha limitado a realizar una de sus viejas sesiones de entrenamiento. Ese hombre contorsionado, imagen del dolor, ha transformado en paseo la lid del drama, del sufrimiento supremo. Se ha burlado de ella: el agotamiento del soldado desmoronándose en la meta del deber cumplido, el sudor y las lágrimas, la camilla y los enfermeros, la angustia y sus accesorios, todo eso para él son bagatelas. Se equivocan, los denigradores. Emil acaba de vivir exactamente el mismo martirio que los demás pero no deja que ello se trasluzca, es discreto, por más que su sonrisa, en el momento de cruzar la meta, sea la de un resucitado. Una vez cruzada esa meta, el bofe en su punto preciso, y sin echar una mirada a los camilleros, asegura que no, qué va, muy cansado no está, quizá un poquito de dolor de cabeza pero eso se pasará enseguida.

Por temor a repetirnos, y también para no fatigar al lector, hemos preferido no describir el recibimiento que dispensó el público a las anteriores proezas de Emil en Helsinki: ovaciones y vítores diversos, desbordamientos de entusiasmo, explosiones del aplaudímetro. Pero que un mismo tipo cope tres medallas de oro en diez días es algo que la gente no cree haber visto nunca: cien mil espectadores de pie no sólo se sorprenden de lo que ven, sino también del ruido que son capaces de organizar al

verlo.

De regreso en Praga, Emil, héroe nacional, es recibido triunfalmente. Felicitaciones oficiales en el estadio del Ejército, desfile en coche ante una inmensa multitud aglomerada en las avenidas, ascenso del grado de capitán al de comandante, intervención del gobierno ante el presidente Gottwald para que se condecere a Emil con la Orden de la República. Durante los meses siguientes, se le exhibe de fábrica en fábrica por todo el país para que la gente vea que es de verdad, que existe, que no se lo han inventado, o mejor dicho sí, que el comunismo en marcha lo ha inventado.

No es lo único que ha inventado: entretanto en Praga se incoan nuevos procesos, más espectaculares que nunca, contra catorce dirigentes que se hallaban, seis meses atrás, en las más altas esferas del Estado, concienzudos y respetados secretarios generales del Partido, ministros, viceministros o jefes de sección. Los consejeros soviéticos han considerado oportuno que esos catorce, entre los que se complacen en precisar que figuran once judíos, sean desenmascarados de una vez por todas como conspiradores, traidores, espías trotskistas-titistas-sionistas, nacionalistas burgueses, siervos del imperialismo, enemigos del pueblo checoslovaco, del régimen de democracia popular y del socialismo. Se los tortura sin contemplaciones hasta que se avengan a reconocer, precisar y asumir sus crímenes, incluso a suplicar que se los castigue para que cesen las torturas. A partir de ese momento se ahorca a la mayoría, se condena a cadena perpetua a los pocos que quedan y se traslada a unos cuantos privilegiados a las minas de uranio. Buena muestra, gustan de explicar, de que el comunismo en marcha es inequívocamente superior: no sólo genera a los más grandes campeones, sino que desenmascara a los mayores traidores. En tan cálido ambiente, y dado que el gobierno americano insiste en invitarlos a él y a Dana a exhibirse en los estadios de Estados Unidos, las altas instancias convocan a Emil.

Camarada, le dicen, alargándole un papel, ni que decir tiene que esta invitación la rechazas, pero no estaría de más que hicieras alguna declaración al respecto. Sería de desear, por ejemplo, que dijeras lo siguiente. Bueno, dice Emil, si insisten ustedes. Y dicho y hecho, ahí lo tenemos en las ondas de la radio de Estado, poniendo en solfa la propuesta americana, precisando que allí las competiciones se celebran en pistas técnicamente impracticables, agregando que no puede sino reírse de esas pruebas grotescas y en suma antideportivas. Guerra fría y telón de acero, está claro que no les da la real gana que Emil se dé un garbeo por otros países. Y un mes después lo confirman oficialmente: no se le permitirá volver a participar en competición alguna que se celebre fuera de las fronteras de la Europa oriental.

Ya, en Helsinki, cabía preguntarse si Emil tenía libertad de movimientos, si decidía personalmente las competiciones en que participaba. Apenas concluida la maratón, ante la tribuna de prensa, un reportero italiano le preguntó si tenía pensado

correr ese año en Milán. Emil alzó la cabeza, sin decir una palabra, y señaló con el dedo pulgar por encima del hombro hacia uno de los oficiales con chaqueta roja. Este se limitó a sacudir la cabezota de izquierda a derecha, sin abrir la boca. Entendido.

Sólo quedaba hacer lo que pudiera en suelo natal, en algo hay que pasar el tiempo. Durante una reunión del Club de Monitores de Cultura Física del Ejército, Emil declara por ejemplo que quiere batir dos nuevos récords del mundo: los de veinticinco y los de treinta kilómetros, distancias raramente afrontadas por los especialistas y en las que importan sobre todo los tiempos de paso, es decir, el conjunto de marcas que pueden lograrse durante una misma prueba. El intento se realizará en el estadio preferido de Emil, en Stará Boleslav, en la población de Houstka, al norte de Bohemia, sin viento, con aire húmedo y a 11 grados. Y, dos días después, ni que decir tiene que bate esos récords. Y los tiempos de paso ni que decir tiene que le traen sin cuidado. La cosa incluso empieza a parecer ya un poco agobiante.

Además, se diría que la prensa especializada empieza a cansarse. Emil se pasa de la raya. Gana demasiadas veces. La gente acabará no extrañándose de sus victorias o, lo que es peor, sólo se extrañará cuando no gane. Incluso da la impresión de que la prensa deportiva está preparando el terreno: dentro de unos años, vaticina, Emil no será más que un recuerdo. Tal es la ley del deporte, suspira. Se diría que están esperando ya quitárselo de encima.

Y es que desde su primer gran triunfo en los Juegos de Londres, a los veintiséis años, nadie ha sido capaz de igualarlo. Durante los seis años, los dos mil días siguientes, será el corredor más rápido de la Tierra en largas distancias. Hasta el punto de que su patronímico ha pasado a ser a los ojos del mundo la encarnación de la potencia y de la rapidez, se ha inscrito en el pequeño ejército de los sinónimos de la velocidad. El apellido Zátpek, que no era sino un extraño nombre, comienza a restallar universalmente con sus tres sílabas ligeras y mecánicas, despiadado vals de tres tiempos, ruido de galope, zumbido de turbina, repiqueteo de bielas o de válvulas acompasado por la k final, precedido por la z inicial que ya corre mucho: hace uno zzz y todo corre mucho, como si esa consonante fuera un juez de salida. Por otro lado, esa máquina está lubricada con un nombre fluido: la lata de aceite Emil engrasa el motor Zátpek.

Casi es una injusticia: ha habido grandes artistas en la historia de la carrera pedestre. El que no hayan disfrutado de la misma posteridad ¿no será porque sus nombres caían menos bien, no servían para eso, no encajaban tan estrechamente como el de Emil con esa disciplina? Salvo quizá Mimoun, cuyo patronímico suena como sopla uno de los nombres del viento. Resultado, yacen en el olvido, así de sencillo, mala suerte.

Por lo tanto, tal vez haya sido ese nombre el que, en definitiva, haya labrado su

gloria, o al menos contribuido en gran medida a forjarla, cabe que uno se lo pregunte. Preguntarse si son su ritmo y su tañido los que hacen que todavía hable a todo el mundo y que siga haciendo hablar de él durante mucho tiempo, si no ha fabricado él el mito, escrito la leyenda: los nombres pueden también realizar hazañas por sí solos. Pero, en fin, tampoco exageremos. Todo eso es muy bonito, pero a un patronímico se le puede hacer decir o evocar lo que se quiera. En el supuesto de que Emil hubiera sido vendedor de grano, pintor no figurativo o comisario político, su nombre habría parecido perfectamente adaptado a cada una de tales actividades, concordando igual de bien con la gestión racional, la abstracción lírica o el escalofrío de miedo. Habría encajado igual de bien en cada caso.

Al margen de eso, a finales de año, un pequeño anuncio en la prensa informa de que el marcador de los Juegos de Helsinki está en venta. Se trata de un conjunto de siete mil bombillas en doscientos grupos de treinta y cinco. Otra luz, Iósif Stalin, se apaga a comienzos del año siguiente y el presidente Gottwald, el venerado guía que se ha resfriado durante sus funerales, muere en Praga a su regreso de Moscú.

Emil está un poco cansado. Lo comprendemos perfectamente, cualquiera lo estaría por menos. Amén del oro amasado en Finlandia, se ha convertido en el hombre de los ocho récords del mundo en distancias superiores a cinco mil metros: seis, diez y quince millas; diez, veinte, veinticinco y treinta kilómetros; por no hablar del récord de la hora. Tras su regreso en plena forma a Praga, durante los meses siguientes no da muestras de gran actividad, como si descansase de sus proezas. Se le homenajea por doquier, acaban de inaugurar un museo en su honor en su ciudad natal de Kopřivnice, va a rodarse una película basada en su vida, tiene todo el derecho a respirar.

Por otra parte, muertos Stalin y Gottwald, parece que muy pronto tal vez se respire un poquito mejor: leves indicios apuntan a que va a producirse algún cambio en el poder checoslovaco, siquiera sea momentáneo. Ínfimos cambios, como quien no quiere la cosa, dan la tónica. Por ejemplo, de la noche a la mañana, el periódico *Prace*, órgano de los sindicatos que de todas formas sólo se lee por su página de deportes, se atreve a criticar a la Delegación de Cultura Física, deplorando que no permita a los atletas checos participar en competiciones en el extranjero. Novedad donde las haya.

Como para dar la razón a ese órgano, a no ser que se le haya encomendado preparar el terreno, se anuncia que Emil viajará a Brasil, a São Paulo, donde participará en la gran carrera de San Silvestre, que marca el último día del año. No bien ha obtenido el visado y mostrado su alegría, Emil se encierra misteriosamente en el cuarto de baño durante horas, con la única compañía de un librito de papel de fumar Riz La Croix. El mismo Riz La Croix en cuyas frágiles hojillas, en el mismo momento, en las mazmorras de la cárcel de Ruzyn, uno de los condenados a cadena perpetua de los grandes procesos de Praga redacta clandestinamente un informe sobre la cruda realidad de éstos con la esperanza de transmitírselo a su esposa.

Entre Praga y São Paulo, está prevista una escala en París, donde, en el vestíbulo del aeropuerto de Le Bourget, Emil da una conferencia de prensa antes de volar a bordo de un Super-Constellation. Cómo ve esa carrera de São Paulo. Bueno, ganaré, dice ingenuamente. No me han dicho quiénes serán mis adversarios pero, como ganaré, tanto me da. Sean quienes sean, los derrotaré a todos y eso me satisface. Será para mí un gran placer derrotarlos, insiste, exhibiendo los dientes más que nunca. Sin cortarse un pelo. A veces resulta irritante.

São Paulo: en el hotel donde se alojan los atletas extranjeros, su habitual curiosidad le hace abalanzarse de inmediato al cuarto de baño de su habitación. Abre el grifo, saca del bolsillo el librito de papel de fumar Riz La Croix, hace varias bolitas con las hojas y las arroja al fondo del lavabo. Y es que le han hablado de la ley

de Coriolis y quiere comprobar si es cierto que, en el hemisferio Sur, el agua gira en sentido inverso que en el Norte antes de escapar por el desagüe. Dios, pero si es verdad. Emil no sale de su asombro. Cuando baja al vestíbulo, donde todo el mundo se atropella para esperarlo e intentar verlo, accede sonriente a las entrevistas, consiente en firmar autógrafos y confraterniza con sus adversarios.

Nadie parece dudar más que él de su victoria, si bien existe un pequeño problema técnico. Porque esa prueba, disputada durante la noche que separa un año del siguiente, discurre a lo largo de siete accidentadísimos kilómetros, pero su principal particularidad es que corren más de dos mil participantes. Y en eso radica el problema, en liberarse de esa jauría. Despegarse de ellos lo bastante pronto como para no verse desbordado. Arrancar rápido cansándose demasiado pronto puede comprometer el final de la carrera, y salir prudentemente le expone a uno a quedar atascado en el montón. Bueno, dice Emil, ya veremos. Entretanto, se planta en las oficinas de la *Gazeta Esportiva*, el periódico que organiza el acto. Supongo que la salida será como en todas partes, se inquieta, con el pistoletazo. No, le dicen, salen ustedes con los últimos sonos del himno nacional brasileño. Bueno, pero oiga, pregunta Emil, espero que podrá encontrarse en los comercios ese himno. Y compra el disco y se lo aprende de memoria. Toda precaución es poca.

Para evitar las salidas nulas y los arranques prematuros, se ha optado por ejecutar el himno nacional antes del pistoletazo que debe rubricar la última nota. Pero un petardo lanzado por un insensato bromista siembra la confusión en las mentes: confundido con la señal esperada, dispara a la inmensa cohorte en plena mitad del himno y, hale, todos a correr. Emil ha decidido ponerse de inmediato en cabeza ante un millón de personas enfebrecidas y bajo unos gigantescos fuegos artificiales, en medio de ensordecedores clamores, sirenas y bocinas, cohetes, petardos explotando por doquier, orquestas al aire libre que saludan a su paso a los corredores, viéndose éstos obligados a abrirse camino entre las guirnaldas, los farolillos y los flashes, en el estrecho paso que les dejan los espectadores.

Pero todo ello transcurre sin demasiados contratiempos hasta que en la cuesta final, sumamente empinada, la Locomotora checa emprende el vuelo, se transforma en funicular y por descontado gana, dejando muy atrás a todo el mundo y pulverizando en un minuto el récord de la prueba. El entusiasmo que despierta su persona alcanza de nuevo su apogeo y, por la noche, durante la recepción celebrada en la sede de la *Gazeta Esportiva*, la avalancha que se origina es tan monstruosa que Emil, so pena de morir asfixiado, se ve obligado a salir del edificio por una puerta excusada. Al día siguiente llueve, Emil pilla un resfriado que degenera en gripe y debe quedarse a descansar en el hotel: rechaza diez invitaciones al día mientras llegan a su habitación doscientos kilos de medallas, copas y figuras. Pero, encantado del entusiasmo brasileño, promete regresar al siguiente año, pensando que podrá contar

con sus autoridades tutelares: autorizándole ese desplazamiento, su victoria en São Paulo ha brindado a Checoslovaquia la popularidad que ésta esperaba, al parecer haber modificado su política sobre el particular. De regreso en Europa, antes de retornar a Praga, Emil pasa una noche en un hotel a orillas del Sena en París, adonde promete volver seis meses después.

Entretanto se ha convertido en el hombre a quien resulta obligado derrotar, la referencia absoluta, el patrón oro de la carrera de fondo. Cabe incluso preguntarse, se interrogan muy seriamente los cronistas, si no comete un grave error psicológico batiendo los récords del mundo a un ritmo insostenible. Porque vamos, refunfunan, tarde o temprano llegará un día en que la sorpresa dé paso a la curiosidad educada, la curiosidad a la indiferencia, y al final un día en que lo extraordinario se convierta en cotidiano, con lo cual dejará de ser extraordinario. La gente sólo se sorprenderá ya cuando Emil pierda. En tanto llega ese día, y por más que a la gente le guste especular sobre los corredores que no tardarán en destronarlo, todas las noticias referentes a él siguen apareciendo en primera plana en los periódicos.

Y así, seis meses después, regreso a París para participar en el cross de *L'Humanité*. Emil es recibido en Le Bourget como un rey. Al descender del monstruoso DC-6 que acaba de posarse en el cemento de la pista de Le Bourget, va frioleramente embutido en una amplia gabardina gris y tocado con un gorro de lana multicolor con borla, que ya no se quitará. Cuando se lo quita para saludar, los allí presentes observan que se ha rapado, y es que a Emil, forzoso es admitirlo, empieza a caérsele el pelo. Cuando los fotógrafos y los periodistas se precipitan sobre él, les contesta en correcto francés pero con tono menos victorioso que seis meses atrás: a su juicio, declara, es muy posible que le derrote Kuts al día siguiente en el hipódromo de Vincennes. El tal Kuts es un mozo muy bien plantado, marino de la flota soviética, mucho más entrenado que Emil, quien asegura no estarlo, y sobre todo, forzoso es admitirlo también, es más joven.

Pero, al día siguiente, ni siquiera acierta a ser una amenaza para Emil. Ante una multitud de veinte mil personas, al comienzo un poco tardo en entrar en acción, Emil cubre luego la distancia a toda velocidad, corriendo de nuevo muy por delante de los demás entre una doble hilera de espectadores. Servicio de orden desbordado, pista invadida, triunfo total. Cambiando nuevamente de parecer, los cronistas se preguntan si los años podrán alterar su ritmo. El propio Kuts comenta que ha demostrado estar más potente que nunca. Emil, por su parte, declara estar dispuesto a regresar dos meses después a París, donde, en esta ocasión, la curiosidad sólo le ha movido a darse una vueltecita por la zona de la place Pigalle.

Con vistas a dicho regreso —y a su presencia en los Campeonatos de Berna—, inicia unas semanas de entrenamiento en Stará Boleslav, donde siempre se encuentra muy a gusto. Al término de estas jornadas, conferencia de prensa en el Hotel Palace,

donde se alojan los periodistas. Al preguntársele sobre su forma tan constante, el dulce Emil, como lo llaman con frecuencia, no oculta que le sorprende a sí mismo. Pero no me hago ilusiones, dice por primera vez, sé que camino lentamente hacia mi declive. En cualquier caso, sólo aspiro al récord de los diez mil metros. Para los cinco mil, ya no corro lo suficiente. Y, en cuanto a la maratón, es una prueba que no me gusta mucho: resulta francamente aburrida. De momento, vuelvo a París. Y en efecto, en Praga, el ministerio de deportes y de cultura ha dado su conformidad para una invitación al estadio Yves-du-Manoir de Colombes, tras el dictamen favorable emitido por la Oficina Central del Ejército.

Pero durante su última estancia en Francia Emil ha concedido una entrevista a un diario de su país, el *Svobodne Slovo*, órgano de una pequeña formación satélite del Partido, que proclama supuestamente la existencia del pluralismo y cuyo director colabora con la policía política. Camarada, le pregunta el periodista, ¿podrías decirnos antes que nada cómo te encuentras? Bien, contesta Emil, bastante bien, pero creo que he llegado a un nivel en que todo progreso me cuesta mucho. Bien, anota el periodista, ¿podrías ahora contar para nuestros lectores tus impresiones sobre París? Claro, dice Emil, que piensa en otras cosas y no está muy por la labor. Pues vamos allá, dice el periodista. ¿Qué impresión te ha producido París?

Hombre, contesta Emil con desenfado. Pues es que en París tampoco hay gran cosa que ver. Pigalle, eso sí, no está mal. Y están las mujeres, desde luego, unas mujeres condenadamente guapas. Las revistas están llenas de fotos de esas mujeres preciosas. Y está el vino, cómo no. Pero también la de tiendas que hay en ese país, oye, nunca había visto cosa semejante, tiendas por todas partes.

Muy bien, camarada, gracias, dice el periodista, cerrando el cuaderno. Me encantará transcribir tus interesantes palabras como se merecen.

Palabras que, retranscritas en efecto en su periódico, se convierten en lo siguiente: París me ha decepcionado, nos declara Zátpek. El París de la literatura de pacotilla. El París de la prostitución, de las revistas y folletos pornográficos. El París dominado hasta el corazón de su sistema nervioso por la especulación y el espíritu mercantil.

Resultado: a los pocos días aparece un comunicado del ministerio francés de asuntos exteriores. Tras su última visita a Francia, se indigna dicho comunicado, el corredor Zátpek se ha creído obligado a realizar al periódico checoslovaco *Svobodne Slovo* unas declaraciones fuera de tono relativas a ese viaje. Habida cuenta de dichas declaraciones, insultantes para el pueblo parisino, el ministerio de asuntos exteriores ha decidido negar la entrada en territorio francés al señor Zátpek.

Tal negativa provoca un tumulto mayúsculo, pero como todo el mundo mete baza, Emil acaba obteniendo el visado. El incidente debería enseñarle a callar, pero qué culpa tiene él si posee el don de lenguas, si habla bien el ruso y el alemán, se expresa correctamente en inglés, en francés, en húngaro y no se desenvuelve nada mal en la mayoría de las lenguas de Europa central y de los países escandinavos. A veces lamento esa facilidad mía para hablar lenguas extranjeras, deplora, contrito, tras ese episodio. No es bueno conocer tantas. Siempre te ves obligado a hablar y a contestar. Así es, Emil.

Tras ese asunto, llega a Francia bastante enfadado, como en Berlín el día en que todo el estadio se rio de él. Y quizá por venganza bate el récord mundial de los cinco mil metros en el estadio de Colombes. Lo bate sólo por un segundo, pero era el único que le faltaba en distancias de fondo, lo cual, de ocho récords del mundo, nos pone en nueve. Cuando el público reclama una vuelta de honor, se permite el lujo de correr cuatrocientos metros más para complacerlo, a todo tren, como si acabara de realizar un esfuerzo irrisorio. Después, pese a su calvicie, adquiere un cepillo de pelo de nailon, modelo desconocido bajo el cielo checoslovaco. Pero debe de ser para Dana, porque compra también un jabón perfumado con almendra y un tubo de Rouge Baiser.

Y, ya puestos, mejora en Bruselas su propio récord planetario de los diez mil metros. Podrá parecer ya un acto de rutina, pero las autoridades checas se muestran muy sensibles a dicha rutina, y en su singular aritmética: Colombes + Bruselas = ascenso al grado de teniente coronel.

No sé qué opinaréis vosotros, pero a mi juicio tantas proezas, tantos récords y trofeos, empiezan quizá a hartar un poquito. Y muy a punto, porque Emil va a empezar a perder.

Todo empieza en Budapest, en esos diez mil metros que son su distancia, que le pertenecen a él, pero en los que le derrota un tal Kovacs. Resulta casi desleal: Emil tan guapo pese a su inelegante estilo y Kovacs tan feo, piernas cortas y busto corto rematado con un grueso occipucio, pero que compensa su aspecto de gnomo cerril con una resistencia a toda prueba. Comoquiera que sea, es un duro golpe para Emil, amén de que empalma con una serie sucesiva de derrotas.

Pierde un poco, gana, vuelve a perder, gana alguna vez más y la gente empieza a pensar que Emil puede que ya no sea el mismo. También él lo piensa, por lo demás, no se llama a engaño, pero a partir de entonces todos aquellos a quienes ha aniquilado en las pistas comienzan a acariciar la esperanza de vengarse. No una revancha tan espectacular como las proezas de Emil, por supuesto, pero susceptible de devolverles una pizca de orgullo. Y así, la gente especula, vaticina, diagnostica. Parece ser, se comenta, que Emil ve asomar irremisiblemente la amenaza del declive, el adiós a su supremacía y el final de los laureles. Él, a quien se creía inasequible al desfallecimiento, se ve traicionado por su cuerpo, que no quiere más esfuerzo pese a la fuerza de su orgullo y de su voluntad. Es normal, al fin y al cabo, no existen milagros en este terreno. Emil se verá obligado a reconocer que el simple efecto de su presencia en un estadio es un arma oxidada, que le ha llegado el turno de sufrir el desasosiego en el que sumía, aun sin quererlo, a sus adversarios.

Y lo cierto es que cuando va a correr a Suiza, se nota. Él esperaba mucho de esa prueba de Berna, se había preparado como nunca. Por más que, en esta ocasión, esté casi seguro de vencer a la vista de sus adversarios, mientras llega el momento de pelear se lo ve inquieto, nervioso, casi agobiado. Camina un poco encorvado, el cuello hundido en los hombros, el gorro calado en las orejas sin el menor prurito de elegancia. En Berna, cuando, conforme al ritual, el equipo checoslovaco es invitado a la chocolatería, Emil acude cortésmente con los demás y con su habitual curiosidad, pero parece estar pensando en otra cosa. Bajo la lluvia, con su gabardina, parece un empleadillo camino del trabajo. Y después de la visita, sentado con Dana ante una película que les proyectan y que exalta a Suiza en general y el chocolate en particular, él, el titán de la carrera pedestre, se convierte en un anónimo, humilde y disciplinado espectador, que mira solícitamente aquello como miraría cualquier otra cosa. Entre sus compañeros de equipo, gigantescos, atléticos y melenudos, Emil parece de pronto un niño formal o un anciano apesadumbrado a quien no interesa ya nada de eso.

Su curiosidad le mueve aun así a visitar el zoo de Berna, donde disfruta por fin viendo monos, especie a quien todavía no se otorga permiso de residencia en Checoslovaquia. Pero los monos parecen malos, atormentados, amargados, perpetuamente ofendidos, resentidos por haber dejado escapar la humanidad por un

pelín. Les obsesiona a todas luces, no pueden quitárselo de la cabeza. Se diría que están dispuestos a tomarse la revancha. No es que a Emil le decepcione ese espectáculo, pero no contribuye a subirle la moral.

Pese a que sigue sorprendiendo a su público, la gente empieza ya a hablar de él en pasado. Muy bruscamente, casi en cuestión de un día. Pese a que en Berna —pista reluciente y una nube de paraguas— maravilla a todo el mundo, carrera deslumbrante, circuito fantástico, camiseta roja encabezando una carrera contra unos adversarios supuestamente temibles y que ni han existido. Pese a que en Praga — viento fuerte y tiempo gélido— vuelve a verse a un Emil ejecutando un número de su repertorio que la gente creía agotado. Pero aunque sigue ganando en ocasiones, pierde cada vez más. Él es consciente de lo que le sucede y se resigna. Lo admite. Bueno, dice, me dejan atrás pues mala suerte. O incluso, bien mirado, en el fondo mejor. Me gusta correr, quiero seguir corriendo, pero tampoco está mal volver a ser un corredor normal que puede perder.

Decide renunciar a los cinco mil metros, para los que ya no se ve capaz. Se ha convertido en una prueba demasiado rápida, reservada a los corredores de milla y donde a los fondistas como él no se les ha perdido ya nada. En lo sucesivo se limitará a correr los diez mil y las distancias más largas. Le gustaría por ejemplo, pese al aburrimiento que le inspira la prueba, trabajar la maratón con vistas a los próximos Juegos Olímpicos de Melbourne.

Mientras llega Melbourne, a Emil le apetece volver a Brasil como había prometido, pero, el año anterior, cuando regresaba de allí, otro periodista del *Svobodne Slovo* solicitó una pequeña entrevista. Escarmentado por el episodio parisino, Emil lo miró con recelo. Camarada, le dijo el periodista, nuestros lectores están interesadísimos en conocer tus impresiones sobre Brasil.

Escucha, replicó Emil, me gustaría ser muy claro. Brasil es un país magnífico. Insisto, eh, totalmente fantástico. Bajo todos los puntos de vista. Volveré allí encantado. ¿Me he explicado bien?

Resultado: comunicado del portavoz del ministerio brasileño de asuntos exteriores. Se le ha negado a Emil el visado para Brasil. No se trata de una decisión política de tipo general, precisa el portavoz, sino de un caso particular. En efecto, el señor Zátpek, a su regreso a Checoslovaquia, ha hecho declaraciones sumamente ofensivas sobre Brasil.

Pasa el tiempo, las aguas del Moldava corren bajo los puentes de Praga y menudean los rumores sobre el futuro de Emil. Sin anunciar del todo su declive, sus repetidas derrotas parecen marcar cuando menos el final de su omnipotencia. Para el XVIII cross de *L'Humanité*, checos y soviéticos llegan a París en el mismo DC-4 de Air France, pero, en esta ocasión, Emil ya no es la única estrella esperada en Le Bourget. Desciende también del avión el apuesto Kuts. A lo largo de los meses ambos habían estado robándose sucesivamente el uno al otro el mejor tiempo. Kuts había contribuido a batir el récord de los cinco mil metros con Emil hasta que éste renunció a correr esa distancia.

Emil viste como de costumbre: vieja gabardina que en esta ocasión es verde, eterno gorro de lana con borla, siempre relajado lejos de las pistas, pero acaso un pelín más gordo. Sí, dice sonriendo en todas las lenguas como suele hacer, he ganado un par de kilitos. Hombre, es que este año he tenido mucho trabajo, y por lo tanto menos facilidades para entrenar.

Con facilidades o sin ellas, Emil gana con comodidad el cross organizado tradicionalmente por el órgano central. Esta ceremonia deportiva internacionalista se celebra en presencia de los embajadores de la URSS, de Checoslovaquia, de Hungría, de Polonia y de otros países hermanos y, en representación de los apparatchiks franceses, de Jacques Duclos, Marcel Cachin, Étienne Fajon y André Stil, todo ello en medio de una corriente gélida y un derroche de discursos sin fin, de marchas militares y de himnos nacionales. Los camaradas aclaman a Emil instándole a que pronuncie unas palabras en el podio. Estoy contento, declara Emil, pero siento que un joven no me haya vencido. Los jóvenes aman más que yo la victoria. Yo tengo treinta y tres años, no tengo la misma voluntad de vencer, y sólo corro ya por el placer de correr. Gracias a todos. Recibe una ovación. Qué gran tipo, piensa la gente, Dios, qué gran tipo.

Con todo, la vida en las pistas le da la razón. De regreso en Checoslovaquia, en la pequeña ciudad de Budějovice donde participa en el campeonato de cross-country del Ejército, Emil se inclina ante un tal Ullsberger, que por lo demás es su mejor discípulo. En un terreno abrupto, con un frío seco, Ullsberger sorprende a todo el mundo sacándole cincuenta metros. Es la primera vez en diez años que Emil sufre una derrota en su propio país.

A los pocos días, en Zlin, Emil se desquita de Ullsberger, pero la suerte está echada. Trata de llamar la atención anunciando que va a intentar batir su propio récord mundial de los diez mil metros, el de Bruselas, y ha decidido batirlo en Houstka, en su estadio favorito, el de Stará Boleslav. Sólo cuenta con una pequeña pista de 363,76 metros, pero es una pista excelente, está protegida del viento por el

bosque aledaño y los mejores técnicos locales la han acondicionado para la tentativa.

Pero ha sido una semana cargada. Tres días antes, para la conmemoración del décimo aniversario de la liberación, se ha visto obligado a participar como oficial en el gran desfile conmemorativo del ejército checoslovaco: parece que no, pero esas cosas cansan. Para más inri, el calor es agobiante ese día en Stará Boleslav, la barrera de árboles próximos resulta insuficiente y las ráfagas de un violentísimo viento levantan un antipático polvo en el estadio. Emil se ve traicionado por el viento, el calor, el polvo, y por Ullsberger, que debía servirle de liebre pero que ha aprovechado para dejarlo en la estacada. La lengua fuera, rostro congestionado, afectado por la atmósfera pesada y tormentosa, Emil cede en el octavo kilómetro y no logra batir su récord, aunque había superado ampliamente los tiempos intermedios de Bruselas. La multitud emocionada olvida casi lanzarle sus gritos de aliento.

Mala suerte. A qué se dedicará ahora. Pues a preparar, ya, la maratón de Melbourne, mientras en las antípodas los australianos se abalanzan ya por millares a comprar las entradas para los Juegos del año siguiente. Y también mientras la prensa checoslovaca anuncia la aparición de un tónico milagroso, elaborado en laboratorio por un equipo de investigadores. El tónico está basado en el régimen de Emil, e inmediatamente recibe el nombre de Cóctel Zátpek. Sin embargo, una vez analizado, el producto, compuesto de levadura y glucosa extraída de frutas, deja bastante que desear. Es una suerte de sucedáneo de la mezcla propugnada en la misma época por Gayelord Hauser, autor del bestseller titulado *Véase joven y viva más*.

Mucha glucosa y mucha levadura, pero el caso es que las cosas no mejoran. En Praga, Emil se abstiene de participar en los campeonatos del Ejército y a continuación pierde en la prueba del Memorial Rosicky. En Belgrado sufre una clara derrota debido a un problema intestinal, causado precisamente por un abuso de fruta. En Varsovia, jornadas decepcionantes. Emil vegeta sin pena ni gloria en los diez mil metros para ser irremediamente superado al día siguiente en los cinco mil metros.

No se llama a engaño, es consciente de que va a llegar el momento de la retirada. Pero no lo lleva mal, lo menciona y parece divertirle. Sigue asegurando que le alegra que los jóvenes lo superen y quieran mejorar todos sus récords. Confía, eso sí, en mantenerse en forma hasta Melbourne, donde se obstina en hacer un buen papel. Después, dice, se acabaron los desplazamientos. Correré alrededor de mi casa, me dedicaré a formar a esos jovencitos a quienes gustan las carreras de fondo y ya está. Incluso le ha dado por desplazarse en moto, una pequeña NSU Quickly que le regalaron en Karlsruhe. En realidad, quien la conduce casi siempre es Dana, él se limita a seguirla al trote para reír cuando tiene que posar ante los fotógrafos de prensa.

A veces, incluso, Emil retoma un poco las riendas, pero es que tampoco le gusta que le busquen las cosquillas. En Brno, por ejemplo, disputa los cinco mil metros con

un polaco llamado Krzyskowiak que acaba de derrotarlo en Varsovia, ve ganada la partida y no piensa cejar en su empeño. El tal Krzyskowiak, que ha salido delante, no piensa permitir que Emil lo adelante y, desleal, intenta incluso quitárselo de en medio empujándolo a mitad de recorrido para sacarlo de la pista. Arrebato de cólera del dulce Emil, quien evita el golpe bajo y se pone en cabeza después de la curva. Pero Krzyskowiak ataca con renovados ímpetus, lo adelanta, se distancia y parece encaminarse hacia la victoria cuando Emil, furioso y apretando los dientes, desborda como una bala al polaco justo antes de la meta para terminar con su mejor tiempo del año. Gana saludado por las habituales salvadas de aplausos, vuelve a ser el héroe de la competición, el héroe de la pista. Ves que Emil todavía no lo tiene del todo jodido. Pero también has de reconocer que ahora, cuando gana, se limita a acelerar progresivamente, en la medida de sus fuerzas, durante los últimos kilómetros. Antes no lo hacía así.

Ganar con menos frecuencia no es grave para quien atraviesa altibajos. Pero es que él, que había sido siempre el primero, no ha conocido el estiaje. Por lo tanto es normal que al envejecer se recupere con mayor dificultad, que el esfuerzo lo fatigue antes, que tarde más en rehacerse. Emil lo sabe pero a veces se rebela, como si no quisiera admitirlo, se obstina en seguir tirando los dados. Y así, siempre afable y en absoluto abrumado, anuncia su intención de batir de nuevo su récord de Bruselas.

Siguen yendo mal las cosas. Tan mal que, después de una competición Londres-Praga, Emil, que ha quedado tercero, parece sacar conclusiones. Anuncia que, sin abandonar totalmente el atletismo, dejará de participar en las pruebas internacionales después de los Juegos de Melbourne. Más vale retirarse cuando todavía se está en forma, observa precisando que tomó esa decisión hace ya algún tiempo. Y ya está bien así, añade, mis triunfos han durado más que suficiente.

Pero sigue siendo tremendo. Hete aquí que a pesar de todo le da la vena de batir otro de sus récords mundiales, el de la hora, y decide hacerlo en Čelákovice, una pequeña población cerca de Praga. Porque sí. Un capricho que se le mete entre ceja y ceja. En el último momento renuncia a ello porque la pista no está en condiciones, pero en su lugar decide correr los veinticinco kilómetros para intentar recuperar el récord de esta distancia, que el ruso Ivánov le arrebató hace un mes. Y dicho y hecho, corre y lo recupera. Ese tipo de quien decían que estaba acabado posee de nuevo todos los récords del mundo de fondo, desde el seis millas hasta los treinta kilómetros. Ya nadie entiende nada.

No se sabe qué pensar. Se sospecha que ha montado una estrategia, disimulado sus intenciones durante toda esa temporada, fingido flojear, incluso decaer, para luego realizar esa imprevista proeza de Čelákovice. Se le acusa de desperdiciar expresamente sus posibilidades en cinco y diez mil metros para preparar distancias más largas de cara a la maratón de Melbourne. Ya había utilizado ese truco cuatro

años atrás, otro año preolímpico, anunciando baja forma para arramblar al final con todo el oro del mundo. Con él, nunca se sabe. Máxime cuando, en señal de despedida, Emil publica sus memorias, tituladas *Mi entrenamiento y mis carreras*, cuyo último capítulo, «Emil en la intimidad», ha escrito Dana.

Con ella pasará Emil dos meses en la India, donde dirigirán el entrenamiento de los atletas locales y darán unas conferencias —lo cierto es que las cosas parecen haber cambiado en Praga, cada vez hay más facilidades para salir del país—. Una vez en Bombay, viajan a Nueva Delhi, donde Emil corre a diario cuarenta kilómetros, porque una maratón se prepara, o por lo menos ése es su modo de prepararla. Por otra parte, a su regreso, anuncia en el *Svobodne Slovo* que en Melbourne sólo participará en dicha prueba. Descartados los diez mil metros olímpicos, donde no se ve con ninguna posibilidad de ganar.

Pero vaya usted a saber, todavía puede cambiar de opinión. Según un ritual próximo al de las despedidas en el music hall, las estrellas de la carrera pedestre poseen una tremenda desenvoltura para alternar las declaraciones definitivas, trágicas, con la reanudación repentina del entrenamiento e incluso la realización de nuevas marcas. En cualquier caso, Emil sigue entrenando en el bosque pese al crudo frío que ha azotado Checoslovaquia.

Comienza la temporada con un primer cross en Checoslovaquia: se trata de elegir a ocho corredores para presentarse en París. La prueba es dura, de poco más de ocho kilómetros de largo y a -14°. Emil se limita al principio a seguir el ritmo que impone un tal Kodak, y se despega al final para ganar con dieciséis metros de ventaja. Muy bien, no está todo perdido. Ni que decir tiene que sale seleccionado. Aguarda serenamente el XIX cross de *L'Humanité*.

Se presenta allí con su simpática sonrisa, el gorro con borla encasquetado en la cabeza ya totalmente monda, la mirada sorprendida y embelesada que fija siempre en las cosas, en la gente, y que no abandona hasta el pistoletazo del juez de salida. Pero está allí también Kuts, esperando a Emil como al hombre con el que hay que acabar pues, a pesar de su edad y aunque no dejen de enterrarlo prematuramente, sigue siendo el coco para todos. Y Kuts con su pelo rubio, sus mechones rebeldes, sus pómulos salientes, sus robustos hombros, y ese eterno aspecto de acabar de desembarcar del acorazado *Potemkin*, se despega desde el pistoletazo sin dejar que se le acerque nadie hasta la meta, a la que Emil, abrumado, sólo llega tercero. Bueno, dice el dulce Emil sin hacer de ello un drama, hay que rendirse a la evidencia, he envejecido mientras estos jóvenes progresaban, lo admito. Ha pasado mi momento, es mi última temporada. Lo que tengo que hacer es entrenarme más para acabarla honrosamente. Y un final honorable sólo tiene un nombre: dentro de ocho meses, los Juegos de Melbourne.

Y regresa a entrenarse. Primero en Hungría, en el campo de Tata, después en Stará Boleslav, pista sobre la cual velan árboles centenarios, majestuosas hayas y altivos abedules a cuya sombra ha batido Emil la mayoría de sus récords. Se entrena tanto que acaba descuidando su aspecto, vestido con un viejo y raído chándal de color indefinible, barba de cuatro días y gorro encasquetado hasta los ojos como un vagabundo. Hasta tal punto que le acaba saliendo una hernia en la ingle derecha de la que han de operarle.

Hospital, silencio. Largo silencio al hilo del cual, como siempre, comienzan a proliferar toda clase de rumores inmediatamente desmentidos, seguidos de desmentidos de esos desmentidos: Emil abandona y luego no, nada de eso puesto que correrá el Día del Ejército, pero luego sí, se retira de la prueba del Día del Ejército, Emil está muy enfermo y luego está sano como una manzana, se le prohíbe participar en los Juegos por realizar declaraciones sediciosas pero de eso nada, irá a los Juegos, luego sólo acudirá a los Juegos como espectador, pero al final no irá. Emil abandona. Tiene que someterse a otra operación. Ha reanudado el entrenamiento, se entrena como nunca. No recupera la forma, no progresa, tira la toalla, está acabado, va a volver, volverá. En pasado, en futuro, pero sobre todo en pasado, pocas veces se habrá hablado tanto de él desde que se asegura, desde que lo asegura él mismo, que está en declive.

Vuelve. Con un frío cortante, bajo un taladrante granizo, vuelve a correr unos diez mil metros más que dignos en Bratislava, y después, en Torgau, veinticinco kilómetros con un brío total, y todo el mundo cambia al punto de opinión. Pues claro que irá a Melbourne, si está ya en plena forma, se anuncia que participará en la

maratón y también en los diez mil metros, le auguran una quinta medalla de oro.

Está bien, iremos a Melbourne, pero Emil no se muestra muy optimista, todo eso no lo convence nada. Como siempre antes de una gran prueba, dice que está cansado. Y no acaba de comprender al público australiano. Teme que éste no esté muy habituado a las pruebas atléticas, que no perciba el encanto de su simplicidad, dada su afición a deportes menos abstractos como las carreras de caballos o de motos. Por otra parte, se ha peleado con sus seleccionadores, que al final se niegan a inscribirlo en los diez mil metros, no asignándole más que la maratón.

Total que no está de muy buen humor en su segundo retorno al hemisferio sur. Al llegar a su habitación de la villa olímpica, no se precipita en el cuarto de baño para comprobar la ley de Coriolis. Lo hará más o menos los días siguientes, pero de mala gana y sin creérselo demasiado, le da la impresión de que no acaba de funcionar. Lo que más acapara su curiosidad es su máquina fotográfica nueva.

Y eso que, los primeros días, las antípodas en octubre no están tan mal, es primavera, parques floridos, mar como una balsa, cielo claro, noches apacibles. Pero al poco cambia el tiempo, días lluviosos, ráfagas heladas y todo el mundo tiritando, incluidos los cisnes negros de la bahía de Port Phillip, que buscan cobijo en las orillas. No reina la moral, máxime porque todo el mundo coincide en encontrar esos Juegos birriosos comparados con los de Helsinki: organización precaria, comida mediocre, equipamientos defectuosos, pistas irregulares. La grifería resuella, la calefacción es caprichosa, las camas chirriantes resultan ser demasiado cortas, lo mismo que la piscina, que no cumple las normas, pues le faltan ocho milímetros para ser olímpica de verdad. Después, cuando deja de soplar el pertinaz y ardiente viento del desierto, poco favorable para los fondistas, descarga el del sur, gélido, turbulento, proveniente del cercano Antártico y ningún regalo, que digamos, para ellos.

Pero, el día de la maratón, decir que ha salido el sol sería quedarse corto. Ha pasado a ser un infierno achicharrante, un horno de abrumadora violencia que pesa como una masa sobre los hombros de los corredores. Como es cuestión de protegerse, Emil troca su gorro, demasiado recio, por una gorra de tela ligera pero insuficiente. La carrera se disputa en una árida y polvorienta carretera de las afueras, donde no existe sombra alguna y donde el pavimento, a trechos cuarteado, hierve bajo las suelas. Esa carretera, denominada Dandenong Road, está flanqueada de casitas con persianas venecianas ante las cuales se agolpa una multitud enorme y poco disciplinada de hombres con la cara congestionada por la cerveza, de mujeres con faldas ligeras, amazonas con pantalones de cowboy, tenistas y jugadores de críquet que han abandonado la pista y el césped, bate al hombro o raqueta bajo el brazo.

Tras el pistoletazo —y, dado el entorno, menos mal que una bala perdida no ha provocado un accidente—, comienza la carrera. Arrancan a correr todos y, los veinte primeros kilómetros, Emil se mantiene prudentemente en décima posición. Durante

ese inicio, no le van las cosas tan mal: se hace el vivo, saluda largo y tendido a la multitud con la gorra, incluso se detiene a posar para los fotógrafos aficionados. Las cosas empiezan a torcerse en la subida grande, la larga subida anterior a la bandera roja que marca el cruce donde la carretera retoma la dirección de Melbourne. Pero como se tuercen también para la mayoría de sus rivales, que comienzan a flaquear, avanzan ya sólo en zigzag, se agotan y abandonan la prueba uno tras otro, Emil aprovecha para remontar y situarse quinto durante los diez kilómetros siguientes, al cabo de los cuales empieza él a desfallecer.

El mecanismo falla primero en los detalles, una rodilla que afloja un poco a la izquierda, una punzada en el hombro, un inicio de calambre en la pantorrilla derecha, y rápidamente se cruzan los dolores y los problemas, se conectan en una red hasta que todo el cuerpo se descompone. Aunque intenta seguir corriendo regularmente, Emil no cesa de perder terreno y sólo ofrece ya el espectáculo de una zancada rota, mal escuadrada, inconexa, y pasa a ser un autómatá lívido y desarticulado, cuyos ojos se hunden y se orlan de surcos cada vez más profundos. Ha arrojado la gorra, que, bajo el horroroso sol, comenzaba a pesarle como un yelmo.

En el kilómetro treinta, sin aliento y destrozado, se detiene junto a una de las mesas instaladas a lo largo del trayecto, sobre las que hay cubos de agua, esponjas y bebida. Emil se rocía abundantemente, bebe medio vaso de agua, examina la carretera pareciendo dudar, refrena lo que le resta de un primer arranque para retomar la carrera, apura el vaso y sale. Pero sale ya como un títere desarticulado, zancada rota, cuerpo dislocado, mirada extraviada, como si su sistema nervioso lo hubiera abandonado. Aguantará así hasta el estadio pero, derrotado, al llegar sexto en la última línea derecha, Emil cae de rodillas, hunde la cabeza en la hierba amarillenta y permanece en esa postura varios minutos durante los que llora y vomita y se acabó, se acabó todo.

No todo.

No todo porque, durante los diez años que transcurrirán tras ese instante, en que la mirada de Emil registra en primer plano esa hierba amarillenta y pelada, todavía sucederán bastantes cosas.

Para empezar, a su regreso de Australia, lo nombrarán coronel. Hasta entonces, lo ascendían después de las victorias pero en esta ocasión se le premia al parecer por los servicios prestados, para coronar el final de su carrera. No sólo acaba de anunciar, en efecto, que renuncia a la competición sino que es la primera vez, en largos años, que no ocupa el primer lugar en el ranking de campeones de su país: ha pasado a ser el número cinco, tras un discóbolo y un lanzador de peso. De modo que lo ascienden y lo reciclan: encargado de labores de educación, lo nombran director de deportes en el ministerio de defensa.

Pero al parecer no acaban de írsele las ganas de seguir corriendo. Seis meses después de Melbourne, unos viejos compañeros, que por lo demás son los mejores especialistas nacionales en los cinco mil metros, acuden a pedirle un favor. No faltaba más, les dice Emil, qué puedo hacer por vosotros. Pues verás, dicen los compañeros, queríamos pedirte que corrieras con nosotros, sabes, como en los viejos tiempos. Pero si lo he dejado, dice Emil, de sobra lo sabéis. Que no es eso, le explican pacientemente los compañeros. No tiene nada que ver con la competición, por supuesto. Claro que saben que Emil ha tirado definitivamente la toalla. No, lo único que le piden es que conduzca la carrera, que les ayude a seguir el ritmo adecuado para dar lo mejor de sí mismos. Bueno, dice Emil, encantado de echarles una mano. Bueno, si es eso. Y el día fijado, bajo un viento lluvioso, arranca a correr amablemente con ellos. Pero cuando se vuelve cinco vueltas antes del final, no ve a nadie tras él, tan sólo unas figuras borrosas y jadeantes, echando pestes en el otro extremo de la pista. No ha podido evitarlo, ha sido superior a sus fuerzas.

Constatado lo cual, y como le alientan a ello, Emil participará en unas pocas competiciones con resultados dispares. Corriendo un diez mil metros en los III Campeonatos Deportivos de Moscú, en la pista de ladrillo finamente moldeado del estadio Lenin, esprinta endiabladamente con un desconocido para terminar sexto tras él. Es emocionante, y baladí, pero tres meses después vence en esa misma distancia como en sus mejores tiempos. Es emocionante, y complicado.

Demasiado complicado: cuando le invitan en España a participar en el cross de San Sebastián, Emil acepta, pero esta vez ha de ser la última. Acude en avión, en un vuelo con escala en Orly. Al descender del Túpolev, divisa una jauría de reporteros y fotógrafos congregados a la salida del aeropuerto, más allá de los controles de aduana. A Emil le resulta familiar este tipo de situaciones. Está emocionado, muy

amables viniendo a recibirle, siempre da gusto ver que no lo olvidan a uno. Pero cuando pasa la aduana no se ve ya un alma, de la jauría sólo queda un fotógrafo bisoño que rebobina la película sin mirarlo, los demás se han esfumado tras ametrallar en todos sus ángulos y todas sus curvas a Elizabeth Taylor, que llegaba de Londres en el mismo momento.

Y así, Emil se presenta con un ánimo confuso en la prueba de San Sebastián, carrera de obstáculos y con un terreno desigual. Y vuelta a empezar: con el viento en la espalda, los atletas realizan una rápida salida al sonar el pistoletazo. Los que se aventuran a ponerse en cabeza quedan enseguida rezagados en los labrantíos y en la loma que precede la pista hípica. Ahí es donde Emil decide atacar a su vez, acelerando, mientras sólo seis corredores alcanzan a seguirlo hasta la bifurcación. Al encontrarse con el viento de frente, Emil reduce la zancada para luchar contra los torbellinos y, más gesticulante que nunca, transfigurado por el esfuerzo como en sus mejores tiempos, se lanza al sotobosque y entra en el hipódromo para ganar con una ventaja de veinte metros, saludado por miles de pañuelos. Todos aclaman al veterano, lo agasajan, lo respetan, le regalan un sombrero y un fox terrier vasco al que Dana llama Pedro y que conservarán durante mucho tiempo.

Es su última victoria, mejor plantarse. Mejor retirarse de verdad, como había decidido. Por otra parte su estatus ya no es el mismo: desde hace dos años Emil ya sólo acude al cross de *L'Humanité* en calidad de entrenador. Aunque sigue corriendo a diario, ya sólo lo hace por sí mismo, para mantenerse en forma, o sea menos. Y como se entrena menos, le queda más tiempo para interesarse en lo que sucede en su país.

Lo cual no carece de interés. Durante esos diez años posteriores a Melbourne, los primeros secretarios del Partido y presidentes de la República se han sucedido tras la muerte de Gottwald sin que ocurra gran cosa para mejor, por más que se haya cambiado de etiqueta: de democracia popular, Checoslovaquia ha pasado a ser república socialista, no acaba de captarse el matiz pero en fin. Nada que pueda considerarse nuevo, el mismo miedo, el mismo frío, todo sigue vegetando en la grisura y la desesperanza, las colas de espera y las cartas anónimas.

Cuando hete aquí que surge un nuevo primer secretario llamado Alexander Dubček que parece querer cambiar un poco el ambiente. En sustancia, Dubček quiere una nueva etiqueta, la de democracia socialista en este caso, a lo cual apenas se presta importancia a primera vista. Pero Dubček declara a continuación que el país debe abrirse a Europa. Lo cual, a dos mil kilómetros al nordeste de Praga, hace fruncir una primera ceja a la hermana mayor del socialismo.

Pero Dubček no se para en barras. Ahora quiere tomar medidas que nadie habría sido capaz de imaginar. Supresión de la censura. Tolerancia religiosa. Rehabilitación de los ex dirigentes condenados en los grandes procesos de Praga. Libertad para todo

el mundo de viajar al extranjero. Restablecimiento de la legalidad y del derecho. En definitiva, da la impresión de que todo se deshela. Se ven cosas que parecían imposibles. Se ve a ciudadanos de a pie tomar la palabra en la televisión para pedir explicaciones a ministros y dirigentes, mientras en Moscú la hermana mayor frunce cada vez más el ceño.

A partir de entonces todo comienza a moverse bastante. Al deshilacharse el miedo, la vida diaria cobra otro aspecto. De pronto la gente empieza a hablarse, a hablarse espontáneamente en la calle, en familia, en el trabajo, donde antes callaba y no escuchaba a nadie. La gente se reúne, discute, cambia opiniones, comenta, se siente mucho más dinámica. Poder respirar libremente, sin ese viejo temor de cada instante, poder plantearse una Checoslovaquia nueva, socialista y a la vez liberal. Comunista, bueno, vale si no hay más remedio, pero procurando buscar un nuevo modo de vivir el comunismo, y sobre todo de vivir mejor.

Excepto unos cuantos estalinistas nostálgicos, todo esto gusta a todo el mundo, a Emil también le parece muy bien. Él, que ha tenido la suerte de viajar, que ha entrevisto en el extranjero una libertad de palabra y de movimientos para él desconocida, no puede sino seguir y apoyar atentamente el progreso de esa liberalización. Cuando compara lo que propone Dubček con lo que han concedido Novotny y los demás, no puede sino apoyar a Dubček. Su adhesión, ya pública, es espectacular, máxime porque Emil, aun retirado de los estadios, sigue siendo el hombre más popular de su país. Todo el mundo está cada vez más contento.

Esa situación dura poco más de un año, pues, por su parte, la hermana mayor se impacienta por momentos. Hasta que la impaciencia se transforma en ira, y la ira en exasperación. Hasta, diez años después de Melbourne, una noche de agosto en Praga.

Los soviéticos han entrado en Checoslovaquia. Han llegado por avión y en carros de asalto. Primero en un vuelo de Aeroflot del que un grupo de paracaidistas de paisano, pertenecientes a las unidades de élite Spetsnaz, ha descendido discretamente para tomar el control del aeropuerto de Praga. Después en otros aviones con la estrella roja, cazas Mig y gigantescos Antonov An-12 cargados de material pesado, amén de la 103 aerotransportada de la Guardia. Esta se dirige hacia el centro de Praga, invadiendo a su paso el palacio presidencial. A continuación siete mil unidades blindadas mecanizadas de las tropas del pacto de Varsovia, concentradas en las fronteras del país, convergen hacia su capital para rodearla con quinientos mil soldados.

Son carros del modelo T-54, T-55 y T-62, y los Spetsnaz van equipados con pistolas Makarov, fusiles de asalto AK-47 o sus variantes con culata plegable, ametralladoras ligeras RPK-74, fusiles de precisión SVD Dragunov y lanzagranadas AGS-17. Semejante arsenal podría juzgarse apropiado para una guerra o para una invasión, pero no, nada de eso. Tampoco se trata de una pequeña anexión a la chita callando como treinta años atrás, no. Se trata pura y simplemente de que los soviéticos se presentan para poner un poco de orden en un régimen del que se consideran dueños y señores, cuya presente evolución se les antoja una molesta desviación que conviene normalizar cuanto antes. Así pues, acuden con los ejércitos de cinco países del pacto y se instalan, eso es todo.

Bastan unas diez horas para que la ciudad caiga en manos de los paracaidistas. A continuación, tan pronto se realiza la conexión con las fuerzas terrestres, los carros soviéticos entran en Praga por la fuerza. Tras lo cual, se efectúa la ocupación física del país en menos de veinticuatro horas.

Cuando ese pequeño mundo entra en Praga, el recibimiento no sólo es gélido, sino hostil y resistente. La gente se reúne en plena noche en la plaza Wenceslao para enfrentarse a los T-55 estacionados aquí y allá, con sus rugientes motores. Cuando sus conductores intentan salir de ellos, son recibidos con gigantescos abucheos. Al poco algunas balas, disparadas desde los tejados del Museo Nacional, se aplastan sobre el caparazón de los carros. Los tanquistas regresan precipitadamente a sus habitáculos, sus escotillas se cierran, las torretas giran sobre sí mismas, todos los blindados comienzan a disparar a la vez. Las cristaleras del museo explotan, y se desprenden fragmentos de las fachadas.

Mientras ecos de ráfagas, ametralladoras y pistolas ametralladoras comienzan a tabletear por toda la ciudad, los manifestantes se precipitan hacia el edificio de la radio, que sigue emitiendo y en cuya dirección avanzan también los carros. Disparando primero al aire y luego cada vez más bajo, atropellan, revientan, aplastan

los coches allí estacionados, abriendo paso a la infantería, encargada de tomar el edificio. A continuación ocupan la radio a las ocho de la mañana y cortan las emisiones de los estudios. Asunto zanjado.

Durante los días siguientes, la población opone una resistencia pasiva. Al principio se intenta parlamentar con los soldados, pero a la vista de los exiguos resultados no tardan en tomarse ciertas costumbres. Cuando los militares soviéticos se extravían por la ciudad y preguntan el camino, la respuesta natural es señalarles siempre la dirección contraria. Asimismo se pone especial cuidado en cambiar sistemáticamente de sitio los indicadores para despistar a los intrusos. Y durante esas primeras noches de ocupación la gente sigue concentrándose en la plaza Wenceslao.

Emil se ha sumado a los manifestantes. Cumplirá cuarenta y seis años el mes próximo. Sigue siendo un hombre apuesto a pesar de su calvicie, tan sincero y tranquilo como siempre, si bien, contra su costumbre, no sonrío. Esta noche no se ven sus grandes dientes.

En cuanto aparece en la manifestación, la gente lo reconoce. Di algo, Emil, vamos, le exhortan, no puedes quedarte callado. Al principio a Emil se le ve un poco apurado. Por supuesto no es que no tenga nada que decir pero, así como ha aprendido a vérselas con los periodistas, no tiene experiencia con las multitudes. Tanto da, toma la palabra: forzando su voz apagada, el héroe nacional opina, denuncia, condena la invasión de las fuerzas del pacto. Hablando desde su punto de vista de atleta, y comoquiera que los próximos Juegos Olímpicos se celebrarán dentro de unas semanas en México, improvisa un pequeño discurso en el que insta al ejército a respetar una tregua olímpica. Como lo que dice no acaba de quedar claro, precisa su pensamiento llamando incluso, con ocasión de esos Juegos, a boicotear a la URSS.

Las consecuencias de tales palabras no podían hacerse esperar. Al día siguiente, Emil es destituido de su cargo en el ministerio. Y a continuación se le separa del Partido, se le da de baja del ejército y se le prohíbe residir en Praga. No es el único: durante esos mismos días, trescientos mil miembros del Partido son excluidos también de sus filas, otros trescientos mil no comunistas son excluidos de la vida pública, y trescientos mil más son despedidos o rebajados a puestos inferiores.

Y ya tenemos a Emil en el paro. Si bien, por descontado, no se le autoriza ya a viajar, podría intentar abandonar el país, otros lo intentan y lo logran, pero Emil no quiere ni pensar en exiliarse. Por lo demás, tampoco tiene tiempo para planteárselo pues, a los pocos días, se le envía con el cargo de responsable de mantenimiento a las minas de uranio de Jáchymov, en el noroeste del país, junto a la frontera alemana.

Jáchymov es un yacimiento explotado a cielo abierto donde el uranio es triturado, sin que ningún sistema de aspersion o de ventilación disminuya la radiación ni reduzca las concentraciones de polvo y de radón, gas sumamente tóxico que se propaga desde las instalaciones de acondicionamiento, las colinas de escombros, los

depósitos de residuos líquidos. El viento difunde por todas partes partículas radiactivas al tiempo que el agua se infiltra en las capas freáticas y los arroyos, contaminando la fauna, la flora y a las personas.

Allí acaba de ser destinado Emil para ocupar distintos puestos, lo cual tal vez le recuerde sus funciones en Bata, con la salvedad de que se bromea todavía menos. Una vez se ha triturado la ganga, se la concentra mediante oxidación, extracción y precipitación, operaciones en las que se inicia a Emil, quien pasa si se tercia a los talleres de lavado, secado y embalaje. Empuja y también arrastra, llegado el caso, las vagonetas de mineral. Ello durante seis años a lo largo de los cuales, ignoro mediante qué subterfugio, Emil se las arregla en tres ocasiones, utilizando un disfraz, para ir a ver a Dana, a quien se ha asignado residencia en Praga.

Al cabo de esos seis años, la hermana mayor del socialismo y sus apoderados praguenses, que han convertido a Alexander Dubcek en jardinero, deciden que Emil regrese a la capital, pues se les ha ocurrido la idea de ascenderlo y convertirlo en basurero. La idea parece buena, ya que la intención es humillarlo, pero no tarda en demostrarse que no es tan buena. En primer lugar, cuando Emil recorre las calles de la ciudad tras el camión con su escoba, la gente lo reconoce de inmediato y todo el mundo se asoma a las ventanas para ovacionarlo. En segundo lugar, como sus compañeros de trabajo se niegan a que él recoja la basura, se limita a correr a pequeñas zancadas, en medio de los gritos de aliento como antes. Todas las mañanas, a su paso, los habitantes del barrio donde le toca trabajar a su equipo bajan a la calle para aplaudirle, vaciando ellos mismos su cubo en el camión. No ha habido en el mundo basurero tan aclamado. Desde el punto de vista de los apoderados, la operación resulta un fracaso.

Lo apartan rápidamente de ese puesto y prueban con dos o tres más, en el desempeño de los cuales persiste el problema de su popularidad. Como último recurso, acaban facturándolo al campo, donde hay menos gente que en la ciudad, donde esperan que llame menos la atención y donde se le destina a labores de explanación. Oficialmente declarado geólogo, el trabajo de Emil consistirá ahora en cavar agujeros para colocar postes telegráficos. Transcurren dos años y se convoca a Emil ante un comité que ya no lo llama camarada. Le alargan un nuevo papel, sugiriéndole con firmeza que lo firme.

En ese documento, Emil confiesa como dictan las normas sus errores del pasado. Que se equivocó apoyando a las fuerzas contrarrevolucionarias y a los revisionistas burgueses. Que no hubiera debido apoyar ese asqueroso y reaccionario manifiesto de las dos mil palabras. Se declara muy satisfecho de la situación actual en general y muy contento de su vida personal en particular. Asegura que, pese a los rumores, no ha sido nunca basurero ni peón. Que en ningún momento se le ha procesado ni degradado, y que no necesita cobrar su retiro de coronel en la reserva. Que percibe un

sueldo sobradamente satisfactorio por su trabajo en las excavaciones geológicas, función en la que ha descubierto un mundo nuevo y apasionante. Y firma. Firma su autocrítica, qué otra cosa va a hacer para vivir en paz. Firma y, poco después, recibe el perdón. Se ha acabado el purgatorio. Le asignan un puesto, en Praga, en el sótano del Centro de Información de los Deportes.

Bueno, dice el dulce Emil. Archivista, puede que no mereciera nada mejor.



El escritor francés JEAN ECHENOZ (Orange, 1947) está considerado como la mayor esperanza de las letras francesas y el primer autor post-nouveau roman. Ha publicado las siguiente novelas, *El meridiano de Greenwich* (1979), su primera novela, *Cherokee* (Premio Médicis, 1983), *La aventura malaya* (1986), *Lago* (1989), *Nosotros tres* (1992), *Rubias peligrosas* (1995), *Un año* (1997), *Me voy* (Premio Goncourt, 1999), *Al piano* (2004), *Ravel* (2006), *Correr* (2008) y *Relámpagos* (2010). Novelista de lo inexplicable, admirador de Nabokov, Queneau, Flaubert y Faulkner, maestros del arte de la distanciaci3n, sus novelas suelen situarse fuera de Francia, imponi3ndonos un estilo desconcertante, casi maravilloso, apartado de presiones psicol3gicas y de nostalgias.

Echenoz domina el inimitable arte de desarrollar personajes encerrados en lo que hacen, obnubilados por su meta hasta olvidar en ocasiones al mundo y a quienes los rodean.